



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Azares y avatares

Libro de cuentos

Alba Lucía Núñez Benítez

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en Escrituras Creativas
Bogotá, Colombia

2013

Azares y Avatares

Libro de cuentos

Alba Lucía Núñez Benítez

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Escrituras creativas

Director:

Escritor: Guido Leonardo Tamayo

Línea de Investigación:

Línea de Narrativa: cuento y novela

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Artes, Maestría en escrituras creativas
Bogotá, Colombia

2013

A mis padres y hermanos

Agradecimientos

Agradezco al supremo hacedor, mi guía, mi razón de ser, y la fuente de toda mi inspiración. Agradezco a mis padres, hermanos y sobrinos por su amor incondicional y por alentarme aún, en los momentos más difíciles. Mi sincera gratitud para con mi tutor Guido Tamayo, por sus valiosas observaciones y sugerencias. Agradezco a mi amiga Nancy Sotomayor, quien siempre ha creído en mí, y al escritor Carlos Aguasaco por alentarme a seguir escribiendo. A Esther, Juanita, Edgar, y a Dieguito por su amistad incondicional.

Resumen

El libro de cuentos: “*Azares y avatares*” es un compendio de ocho relatos que están inspirados por el tema de la suerte, desde algunas de sus diferentes acepciones y manifestaciones. En este libro se cuentan historias cotidianas de personajes que habitan entre nosotros y que muchas veces pasan inadvertidos (como el vendedor, la gitana, el niño etc.) y quienes por obras del azar o de los avatares, se ven inmersos en los juegos del destino; a veces a través de la mala suerte, de la superstición, de la fe, de las creencias y agüeros...que los avocan, finalmente a reflexionar desde su intimidad sobre su vida, sus sentimientos, el devenir, el paso del tiempo. Los azares y los avatares hacen parte de cada ser humano, porque todos guardamos la esperanza de que algo, o alguien nos ayuden a encontrar la felicidad y a escapar del infortunio.

Palabras clave: Azares, Avatares, Destino, suerte, Tiempo.

Abstract

The book of stories: "Randoms and vicissitudes" it is a compendium of eight statements that are inspired by the topic of the luck, from some of his different meanings and manifestations. In this book they tell themselves daily histories of prominent figures who live strictly between ourselves and who often slip by (as the seller, the gypsy, the child etc.) and those who for works of the random or of the vicissitudes, meet immersed in the games of the destination; sometimes across the bad luck, of the superstition, the faith, the beliefs and omens ... that the avocan, finally to thinking from his intimacy about his life, his feelings, to develop, the passage of time. The randoms and the vicissitudes do part of every human being, because we all guard the hope of which something, or someone they help us to find the happiness and to escaping of the mishap.

Key words: Randoms, Vicissitudes, Destination, luck, Time.

ÍNDICE

Prólogo	3
Milagro ajeno	10
La intérprete	15
Cuando tenga buena suerte	19
Sueños sin futuro	29
La huida	35
Nardos y rosas	41
¿Cara o sello?	48
Mariposas	53

PROLOGO

*"Sólo en sueños, en la poesía, en el juego... nos asomamos a veces,
a lo que fuimos antes de ser esto... que vaya a saber si somos"*

(Julio Cortázar)

Desde mi adolescencia hasta el día de hoy, siempre he sentido admiración por las personas que escriben. Pienso que los escritores logran hacer lo que la mayoría de los seres humanos deseamos: escapar de la muerte...del silencio y hacer sentir la voz propia, en medio de un mundo cada vez más caótico en donde se impone el espectáculo y el show mediático por encima de la reflexión y la intimidad -tan esenciales para la naturaleza humana-. En medio de ese fervor por la labor de la escritura, un día me pregunté si yo podría alguna vez imitar a los grandes maestros y elaborar mis propias historias. En ese instante me surgieron más preguntas y dudas que certezas; ¿qué escribir, cómo hacerlo, sobre qué temas?. Entonces me sucedió lo que a veces pasa con los asuntos cruciales de la vida: antepuse una decisión profesional a una decisión vocacional. Deje a un lado el tema de la escritura y me sumergí en los vericuetos metafísicos y lógicos a través del estudio de la filosofía.

Durante un largo tiempo apacigüé el tema de la escritura a través de la lectura. En ese momento pensaba que la necesidad de expresarme y dar vuelo a mi imaginación, podía ser resuelta gracias a las historias que leía y reelaboraba en mi mente. Sin embargo, con el paso del tiempo comencé a escribir pequeños relatos; historias ingenuas sobre las cosas que me sucedían o sobre personajes de la vida real que me impactaban. Escribía para mí misma y confiaba que algún día podría saber cómo escribir correctamente. Hoy

he descubierto que escribir es una búsqueda personal que adquiere su validez y su razón de ser, en un ámbito comunitario o público. El escritor se escribe a sí mismo, pero también escribe para ese “otro” que está detrás de las páginas impresas.

En ese ir y venir entre arriesgarme a escribir y temer hacerlo, un día descubrí (por casualidad) la maestría en escrituras creativas de la universidad Nacional. Leí con mucho detalle lo que ofrecían y me llamó la atención el que hablan de “acompañar” a los estudiantes en la elaboración de su obra prima. La palabra *acompañamiento* que me había sido tan lejana en mis estudios solitarios de filosofía, ahora me indicaba un camino que valía la pena ser recorrido.

Cuando tuve que plantear mi proyecto de escritura, una vez más volvieron las dudas y las preguntas. Inicialmente, me propuse escribir un libro de cuentos, ya que pensaba que como principiante era más fácil elaborar textos cortos, que arriesgarme a escribir una novela¹. Cuando pensé sobre el tema que daría unidad a mis textos, recordé los cuentos que más me habían llamado la atención y encontré semejanzas en algunos de ellos. En textos como la pata del mono de Jacobson, la lotería en Babilonia de Borges, cuánta tierra necesita el hombre de Tolstoi y algunos cuentos de Jack London, encontré que el tema del destino y de los juegos con el azar y el futuro estaban presentes, y que había algo en ellos que me atraía profundamente. En efecto, en estos relatos abundaban las tensiones, dudas y las ambigüedades propias de los seres humanos, así como las imprecisiones y dualismos que son inherentes a nuestra esencia. Por una parte, nosotros como herederos de toda una tradición filosófica, racionalista y cientificista vivimos (aparentemente) nuestra vida bajo la guía de la razón y de la sensatez; sin embargo, hay también en nosotros un anhelo de romper con esa razón, de escindir la lógica y poder intervenir o cambiar la realidad a nuestro acomodo. En ese movimiento dicotómico, vislumbré entonces la suerte como respuesta y como mediación entre esas dos fuerzas opuestas en

¹ Tanto la novela como el cuento tienen su grado de dificultad y la brevedad del cuento, por el contrario, exige mayor capacidad de síntesis: decir más, con menos palabras.

el hombre y que han permanecido a lo largo de la historia. Los griegos por ejemplo, a la par que teorizaban sobre el cosmos y fundaban métodos para acceder a la verdad (como la mayéutica, la dialéctica y la lógica), también consultaban el oráculo y participaban de ritos mágico-religiosos como los ritos eleusinos. Así mismo, Descartes paradójicamente después de abandonar cualquier idea que no fuese filtrada totalmente por la razón, termina introduciendo una alteración a la lógica con la que había trabajado, cuando señala la existencia de un genio maligno que quizá lo haya engañado y le haya hecho creer que dos más dos son cuatro, cuando podría ser otra cosa.

Ahora bien, había encontrado un tema unificador para mis relatos, pero era consciente de que tendría que pensar y escribir mis cuentos a partir de la realidad y el contexto en el que vivía. En ese momento comencé a indagar sobre los imaginarios y las concepciones que sobre el tema de la suerte, el destino y el azar se entretrejan en nuestro país. Descubrí toda una amalgama de rituales, creencias, agüeros, religiosidad popular etc que constituían una fuente variada para asumir el mundo de la *esperanza*, y para escapar de alguna manera del infortunio. Entre tantas variables por escoger, decidí permear mis historias de elementos como la interpretación de los sueños, la relación que establecen las personas entre los objetos y la suerte, la simbología presente en algunos animales, el apelar a un ser supremo para que ayude o interceda a favor del creyente, y los oráculos que se representan a través de personas que tienen ciertos dones (ven más de lo que la gente común y corriente puede ver).

Finalmente, ya tenía resuelto el tema y sus matices. Sin embargo, cuando comencé el proceso de escritura descubrí, con ayuda de los tutores y de mis compañeros, que yo tenía más preocupación por la anécdota y por mostrar en ella el tema orientador, que por dotar a mis personajes de fuerza, de carácter, de personalidad. En reiteradas ocasiones me sugirieron que debía dar más vida a mis personajes, saber todo sobre ellos, que se supiera de su personalidad a través de sus acciones y no tanto de las descripciones. En un ejercicio de autocrítica descubrí entonces, que si bien la anécdota era aquella que debía orientar la escritura, ésta debía ser una excusa para que los personajes tuvieran una vida propia y asumieran (aunque fuera por un instante) esa lucha entre ellos y su

mundo tanto interno como externo. En medio de esa “crisis”, en las clases y en las tutorías fueron apareciendo nuevas lecturas; las cuales, de una u otra manera, me dieron luces para reorientar el proceso de escritura. Leí por ejemplo *la casa pierde* de Juan Villoro. Este texto me reveló cómo en medio de los avatares por los que atraviesan sus personajes, en ellos también se va develando una historia íntima – a veces dolorosa-, que va emergiendo a través de un relato en el que puede acaecer un juego de cartas o una carrera de caballos. En últimas comprendí que la anécdota puede no ser tan clara pero la *pena si debe ser larga*.

Ahora bien, además de este autor tan iluminador para mí, encontré escritores como Carver, Katherine Mansfield y Luis Fayad (entre otros) que me hicieron ampliar la noción que tenía del cuento. Por un lado comprendí que los antagonistas de una historia, no son siempre otros sujetos o las circunstancias, sino que, al interior del personaje, en su intimidad también se puede librar toda una batalla que puede desencadenar un final que, no necesariamente, tiene que ser tan audaz o inesperado como el del cuento clásico. En efecto, los temas de la intimidad, de los sentimientos contenidos, de la soledad, de la nostalgia, son para mí elementos relevantes dentro del cuento contemporáneo; así como la inclusión de atmósferas y tonos dentro de la narración. El cuento no debe decirlo todo, debe sugerir –aunque a veces el lector quede con la sensación de que le falta algo a la historia-. Frente a éste último aspecto (la levedad y la sutileza) me interesa este aspecto porque es la oportunidad de jugar con el lector, de permitirle abordar la historia desde diferentes ángulos o incluso, desde lo no dicho. Igualmente, El cuento actual -como lo señaló una invitada española que tuvimos- tiene que buscar las periferias, ahondar en esas grietas y fisuras dolorosas de la existencia, y escribir sobre ellas.

Finalmente, después de todo ese proceso de conversar con los escritores y con sus obras, de enfrentarme a las críticas propias y a las ajenas tomé la decisión de no premeditar las historias y dar libertad a los personajes. A través de este ejercicio sucedió algo que yo no imaginaba y es el hecho de que los personajes empezaron a hablarme, como si tuvieran voz propia. Cuando eso sucedió entonces los solté más y las historias se me fueron presentando de manera más libre. Así mismo, en esa reescritura los

personajes fueron exponiendo algo que tenían guardado y que yo no había visto; una especie de silencio, de dudas y de tristezas que tenían que ser expuestos y que, en esa lucha por cambiar el destino y la suerte también pedían entrar en escena. No supe cómo, pero unos cuentos que inicialmente querían mostrar esa tensión entre el determinismo fatalista y el juego de la libertad y la esperanza terminó (en algunos casos), mostrando la nostalgia que se da al sentir el paso del tiempo, la soledad a la que se enfrentan las personas, el temor por la muerte, las huellas que heridas no cicatrizadas han dejado. Reflexionando sobre ese nuevo giro que se ha dado en algunos cuentos, pienso que tal vez parte de mis propias preocupaciones y preguntas sobre la vida, se reflejan allí. La experiencia personal, aunque no de manera consciente, a veces sale a flote y uno no puede ponerle freno. Con este ejercicio de escritura me he obligado a observar de forma directa la realidad que me circunda y que, aunque en ocasiones es triste, también deja un margen para la alegría y los anhelos porque, como lo decía Kipling: “*las dos grandes mentiras de la humanidad son: el éxito absoluto y el absoluto fracaso*” y lo que nos queda a nosotros es pues, navegar por esta vida en medio de esos dos extremos y tratar de mantenernos en pie, aún a pesar de nosotros mismos.

Por otro lado, al reflexionar sobre los aprendizajes, cambios, dudas y dificultades que he vivido en mi paso por la maestría, puedo indicar que me han parecido muy valiosas y enriquecedoras las opiniones y retroalimentaciones de los compañeros y de los tutores. En efecto, cuando se escribe en ocasiones se cae en una especie de solipsismo, en el que uno se cuenta la historia a sí mismo, y olvida que hay un lector que no conoce todas las cosas que el autor sabe sobre el personaje o sobre la trama; razón por la cual, las preguntas y sugerencias que he recibido, me han permitido reconocer esas falencias y trabajar para superarlas. Ese *acompañamiento* que en líneas anteriores había indicado, ha sido para mí una de las grandes ganancias que obtuve a lo largo del proceso de estudio ya que me permitieron evaluar, reorientar, corregir y reescribir mi proyecto. Igualmente, otro elemento enriquecedor ha sido el de leer para escribir; es decir, descubrir fuentes y autores que han permitido resolver problemas concretos en mi escritura (sin que por ello haya abandonado la confianza en mis propias intuiciones).

Por último al hacer un balance sobre los logros, frustraciones, e inquietudes que me quedan después de haber iniciado este camino de escritura, debo reconocer que solo se puede aprender a escribir escribiendo y atreviéndose a luchar contra la hoja en blanco. También he descubierto que no solo basta con manejar la técnica, tener historias interesantes para narrar, construir un final audaz etc, sino que es necesario ser honestos a la hora de escribir. Es decir, creo que no hay que ser tan premeditados a la hora de hilar la historia, buscar imágenes hermosas para que el relato sea poético, o usar de excusa el texto para hablar de nosotros mismos; hay que buscar un justo medio entre los anteriores elementos y dejar que la historia y los personajes fluyan.

Igualmente, ahora sé que cosas desconozco sobre el oficio de escritor (como lo decía Sócrates reconocer la ignorancia es un gran paso para llegar al conocimiento), y puedo de ahora en adelante trabajar para superar esas falencias. En cuanto a las lecturas -que han sido esenciales en este proceso-, sé que ya no voy a leer de la manera desapercibida como lo hacía antes, y sé también que en los nuevos textos con los que me enfrentaré, trataré de descubrir su estructura, la forma como fueron hechos, las herramientas que utilizó el autor etc.

En cuanto a las frustraciones, o para decirlo en términos propositivos, las oportunidades que me quedan planteadas, he descubierto mis limitaciones con el uso del lenguaje. En efecto, mis textos están escritos con un lenguaje directo y adolecen de música, de poesía, de imágenes. También tengo que investigar más sobre el contexto y la realidad en la que estarán inscritos mis personajes, para diferenciar su voz, de la voz de la autora.

Finalmente, al concluir la escritura de mi libro de cuentos, siento que algunos personajes deben tener continuidad (en otras historias o en una novela), y que tengo que seguir escribiendo para resolver -o por lo menos para plantear- otras inquietudes que son importantes para mi vida.

Concluyó reconociendo que apenas he dado un primer paso en este inmenso camino de las letras, al que admiro tanto y al que le temo también. Caminar, equivocarme, inventar, escribir, borrar...serán este nuevo reto que me avoca para escapar un poco de esa última realidad a la que todos estamos inexorablemente signados, pero que también esperamos, como quien espera que salga el sol después de un prolongado anochecer.

MILAGRO AJENO

Hoy decidí volver a escribirte porque sé que eres la única persona que me entiende. En el universo en donde resides me imagino que la paciencia y la tolerancia siempre van de la mano. Antes de relatarte esta historia que me ha llenado de sentimientos encontrados, quiero pedirte disculpas por mi ausencia prolongada; aunque ¿sabes algo?, en ocasiones he obviado contarte las cosas que me pasan porque presiento que tú lo conoces todo. Creo que me has visto esconder mis lágrimas más de una vez para que tu papá no me regañe, pienso también que escuchas mis conversaciones con la abuela y que incluso estás observando las cosas que escribo en mi diario.

En mi oficio de periodista siempre tengo dos o más versiones de los hechos. La primera versión es fría, casi objetiva y está escrita con ese lenguaje poco poético que quizá no te guste (es la que se imprimió en la revista). La segunda versión del relato contiene un lenguaje un poco más sencillo, aunque también es objetiva; es la versión que está en mi diario y que, espera pacientemente, para ser escuchada por el doctor Hernández, en mi obligada cita de cada mes. La tercera versión es la que quiero compartir contigo ya que sé que no me juzgarás, y que me escucharás atento -algo muy poco común en estos tiempos en donde nadie escucha a nadie-.

Todo inició el primer sábado del mes pasado. Ese día tenía una visita o, en términos de los creyentes, una peregrinación a Moravita, un pueblo de Boyacá en donde quería observar y constatar si los ritos que allí se realizaban tenían algo de extraordinario, o si por el contrario –como yo lo suponía- no eran más que unos rituales llenos de superstición y permeados por una atmósfera de ilusión e histeria colectiva. Te confieso que fue muy duro levantarme ese día, ya que toda la semana había trasnochado revisando algunos artículos que estaban próximos a ser editados. Alisté las cosas

necesarias para el viaje: comida, frutas, agua, mi impermeable, la libreta de apuntes y por supuesto... la cámara con la que quise tomarte tantas fotos.

Como de costumbre, me vestí con una de las típicas pintas que tu papá detesta, pero que a mí realmente me hacen sentir cómoda. Me coloqué una blusa de Cartago, de esas que los artesanos bordan con infinita delicadeza y que dejan ver flores o animales pequeños como mariposas o libélulas, también me puse mis molas multicolores y para completar, guardé todas las cosas en la mochila wayuu que me regaló tu tía cristina; ¡estaba hecha toda una amalgama artesanal! Llegué con mucha dificultad al sitio de encuentro -las direcciones de Bogotá y yo somos viejos enemigos-. Había muchas personas rodeando la iglesia; la mayoría eran muy mayores, aunque también pude observar unos cuanto niños los cuales, pese al frío de la madrugada, ya estaban jugando. El sacerdote que nos iba a acompañar estaba algo molesto por la tardanza de la gente, ya que teníamos que estar en el pueblito boyacense, antes de las diez de la mañana. Una vez dispuestos para el viaje, todos empezaron a orar y a decir letanías que, aunque tal vez yo las escuché en mi infancia, ahora me eran totalmente distantes. Decidí entonces aprovechar el tiempo del trayecto para organizar la agenda de aquel día. Sin embargo, no todo lo planificado allí sucedería porque como tú y yo lo hemos vivido, el destino siempre nos cambia los planes; algunas veces para bien y otras para mal.

Como las oraciones no me dejaban concentrar, decidí cerrar la agenda y abrir la ventana de la flota para respirar ese aire frío y pastoso que venía de la sabana cundiboyacense. Te confieso que hace mucho tiempo no veía un amanecer y esa sensación de ver los tonos naranjas y violetas difuminándose en el cielo me llenó de una paz profunda. Al lado y lado de la carretera se asomaban campesinos que levantaban su sombrero y saludaban muy amablemente. ¿Sabes algo?... es muy hermoso ver cómo empieza el día desde la otra orilla; es decir, no desde el corre corre del auto hacia la oficina, sino desde ese hermoso territorio del silencio.

Media hora antes de llegar a Moravita, la flota paró en un estadero del Valle de Tenza. La idea era desayunar rápidamente, ir al baño y estirar las piernas. Cuando retornamos a

nuestras sillas para recorrer el último trayecto fue cuando conocí a José Domingo. El niño estuvo todo el trayecto de la mañana justo dos puestos delante del mío pero, por su menuda figura, no lo había visto. Antes de sentarme, su mamá me pidió que cambiáramos nuestros lugares para que el niño se sentara junto a su abuelita, quien venía al lado mío. José Domingo y yo cruzamos una mirada silenciosa; la del niño porque yo era una desconocida y la mía porque el color de su rostro y la cánula que pendía de su carita me estremecieron mucho. Finalmente, no recuerdo por qué razón la mamá y la abuelita se sentaron juntas y me dejaron junto al niño.

Aunque te suene extraño, la presencia de José Domingo me intimidó. Me sentía extraña, insegura, torpe...no sabía cómo mirarlo, qué preguntas hacerle para iniciar un diálogo, y aunque siempre he sido muy conversadora y dicharachera, esta ocasión era distinta, sentía que si decía una palabra imprudente o hacía algún comentario curioso iba a herir al niño. Sin embargo, y como siempre pasa, son los niños los que nos enseñan a los adultos cómo abordar los asuntos importantes de la vida. En esta ocasión José Domingo me habló sin rodeos y me dijo que tenía una enfermedad terminal y que iba hacia Moravita en busca de sanación. Te imaginarás todos los pensamientos y sentimientos que me invadieron, sobre todo ahora que tu papá y yo estamos distanciados y que tú ya no estás aquí, dentro de mí para hacerme aferrar a la vida, para olvidarme del dolor propio y del ajeno. El niño me contó toda su vida como si los dos fuéramos viejos amigos. Me dijo que ya no puede asistir al colegio porque sus defensas se han bajado mucho y se desmaya con frecuencia. También me contó que lo que más le gusta hacer es dibujar y me mostró unos de los dibujos que había hecho durante el viaje. El dibujo era hermoso - aunque los colores no correspondían a los que la lógica realista nos ha enseñado- , las montañas estaban pintadas de un color naranja, las nubes tenían formas de animalitos y las personas eran muchísimo más diminutas con relación a los animales, las aves, y los caballos.

Te cuento que José Domingo pese a su situación tenía mucha vitalidad, no solo dibujaba sino que me enseñó una canción en donde hay que enumerar objetos y no equivocarse. Yo no quise quedarme atrás y le enseñé otra canción, que de seguro a ti también te

gustaría, y que cantan tus primas; es la canción del marinero que jura su amor y se entrega al océano y dice que es feliz entre tantos pesares y no encuentra más leyes que el mar. Mientras jugaba con José Domingo pensaba cómo hubieras sido tú a la edad de él, ¿te gustaría cantar y dibujar o solo harías preguntas como lo hacía yo cuando era pequeña?. También me preguntaba lo que sentiría aquel niño tan pequeño y tan próximo a la muerte; quería saber qué extraña fuerza lo mantenía sonriendo, quería que me diera su receta mágica (si es que la había), quería llenarlo de besos y de mimos para que algún día los compartiera contigo. Entre canciones y dibujos pasó el tiempo muy rápido y llegamos a Santa María de Moravita: nuestro destino. Casi no podemos bajarnos porque el conductor de la flota no encontraba un sitio para parquearla: había muchísimos carros, flotas y gente tratando de asirse un lugar en la plaza del pueblo. La multitud buscaba un lugar para escuchar la misa de sanación y ser testigos de un milagro; yo por mi parte, buscaba evidencias de un fraude religioso, así como material suficiente para redactar mi artículo.

Nunca he leído textos bíblicos más que para resolver dudas puntuales de mi oficio, pero ese día en Moravita hubiese querido recordar una cita en la que Jesús sintió compasión por una multitud hambrienta que lo seguía. Esa era la imagen que yo veía allí; cientos y cientos de personas enfermas, cansadas, desahuciadas, buscando un alivio para su carga, entretejiendo una esperanza que los llevara más allá de los límites de sus propias fuerzas. Y yo allí, en medio de un dolor social, que aunque no era propio, también me recordaba el mío, también abría las heridas recientes ahondando en ese lugar oscuro y silencioso de una vida interrumpida, de un amor que murió antes de contemplar el sol, de unos abrazos que se han quedado pospuestos para siempre.

El ritual litúrgico transcurrió con normalidad; aunque, debido a la multitud y al poco espacio, muchas personas se desmayaron. Vi personas llorando como si se hubieran quebrantado por dentro, otros orando arrodillados y en silencio. También observé algunos feligreses en muletas o en sillas de ruedas abriéndose camino entre la muchedumbre para que el sacerdote les impusiera sus manos. Me llamó la atención ver levantados hacia el cielo cientos de botellas de agua, aceite, medallas, vírgenes, santos,

cruces...esperando ser bendecidos por el sacerdote; como si con aquella señal en el aire se dotará de un valor sobrenatural a aquellos objetos. Hombres, mujeres, niños, ancianos caminando, llorando, orando... me parecían personajes de algún drama antiguo interpretando las escenas más descarnadas y tristes que yo había visto. Tal vez yo también hacía parte de ese drama, tal vez y sin saberlo, todos hemos sido piezas de una gran obra escrita por alguien.

En ese instante te confieso que me sentí miserable al imaginar lo que pensaría de mí aquel niño que hacía solo unos instantes me había abierto su corazón. Qué pensaría de mi si supiera que no tengo fe, que me parece inútil orar y pedirle cosas a un Dios, que no sé si exista o no; o que si existe, se pueda interesar por nuestros problemas. Decidí abandonar la plaza justo en el momento de la comunión y aprovechar el tiempo para almorzar y tomar las fotos que aún me faltaban. Di unas cuantas vueltas por el pueblo, el cual, a diferencia de otros pueblos de Boyacá, no ofrecía mayores atractivos turísticos. Compré una ruana de lana virgen, un gorrito y una alcancía de cerámica para regalarle a José Domingo. De vuelta en la flota, el niño ya me estaba esperando, la gente había retornado muy emotiva y yo la verdad solo quería regresar a mi apartamento para adelantar en algo mi trabajo.

Antes de finalizar el trayecto me tomé una foto con José Domingo, con su abuelita y su mamá. Le regalé la alcancía de cerámica que le había comprado y él me regaló un dibujo que estaba doblado. Cuando lo abrí totalmente apareció ante mis ojos un niño muy pequeño con unos ojos verdes como los míos, y que se elevaba hacia el cielo mientras me tomaba de la mano. En ese momento, ya no pude resistir más y el poco aplomo que me quedaba se desvaneció. Lloré sin interrupciones. Lloré porque lo pedía a gritos mi corazón. Lloré porque las lágrimas refrescaban mi árido espíritu. Lloré porque tú no naciste, porque te sueño y te recreo en mi mente todas las noches. Lloré porque le regalé una alcancía de cerámica a un niño desahuciado para que almacenara unas cuantas monedas, mientras que él me regalaba tu imagen alada para me acompañara todos los días, y me susurrara al oído un dulce batir de alas.

LA INTÉRPRETE

Aunque es muy temprano ya te quieres levantar. Caminas lentamente hacia la ventana para ver la luz del sol, y dejas que tu rostro se embriague del aire tibio que siempre llega con los domingos. Comienzas a preparar tu ritual de baño: pétalos de rosa macerados, sal marina, gólicas de lavanda y limón y aquel ingrediente secreto que Fátima, la última gran abuela de tu kumpania, te enseñó a preparar. Sabes que ya es hora de compartir tus conocimientos con los otros y te has preparado para eso; tus ojos verán a través de los ojos de las mujeres y los hombres, pero sabes que son las líneas de sus manos las que deberás interpretar.

Te arreglas sin mirarte al espejo porque no quieres exponerte a que tu luz interior se diluya. Te tomas lentamente el shayo que Indira te preparó y piensas que hoy será un gran día. Ya no iras acompañada a la plazoleta, ni serás la compañía de nadie. Tú tendrás que enfrentar sola el destino de los otros. Te pones la falda de satín turquesa con la blusa blanca que tanto te gusta; ahora te ríes, porque recuerdas que de niña odiabas las faldas largas y siempre buscabas la forma de subirles el ruedo. No sabes por qué la gente piensa que tú y las de tu raza siempre llevan vestidos de pepas o tienen lunares en la cara. Piensas que es como creer que para ver el futuro hay que usar una bola de cristal, o que para hacer reír a la gente hay que tener pintada la cara.

Guardas en tu bolso de cuero marrón las frutas y el sami que almorzarás junto a las palomas. Miras hacia el cielo y eso te basta para saber que no lloverá. Mientras caminas vas tarareando una canción que escuchaste en la radio y que, no sabes por qué, se te ha pegado. Observas las vitrinas de los almacenes que poco a poco se van abriendo a tu paso...piensas qué le regalarás a Tamara en su cumpleaños. Pasas al frente de un almacén de antigüedades y te embelesas con un reloj de pared y un aguamanil de cobre como los que alguna tuvo tu padre.

Repasas mentalmente lo que has aprendido: visualizas la línea de la vida que es la principal y la que está más marcada; las otras líneas siempre se cruzan con ésta o se desprenden de ella. Imaginas el triángulo que se dibuja en el centro de la mano y las perpendiculares que lo cruzan. Sabes qué significa cada intersección y conoces hasta dónde debes decir lo que ves, o debes callar. Te preguntas por qué la línea más sutil y débil es la del amor y por qué en la mayoría de las personas su recorrido rara vez se encuentra con la línea de la vida. Hay todavía muchas cosas que desconoces, pero Indira te ha dicho que con el tiempo lo irás descubriendo, y que con lo que sabes, te basta para leer la mano.

Recorriste más rápido que de costumbre el trayecto y llegaste por fin a la plazoleta de Lourdes. Miras hacia el templo tan imponente y tan frágil a la vez. Te das cuenta de que los innumerables aguaceros le han dejado una huella gris y verde que cae desde sus torrecillas hasta el atrio. Piensas que los andamios y las latas de zinc que rodean la iglesia se asemejan a un vagabundo abrazando a un oficinista. Miras toda la plazoleta y decides que te ubicarás en el costado oriental; junto a los hippies que venden manillas e inciensos. Piensas que es mejor estar al lado de ellos, que al lado del hombre de las muletas que se hace a la entrada de la iglesia para atropellar a los feligreses con su tazón de plástico. Ya lo habías visto antes, y recuerdas su mirada nublada y terrible: una mirada que en vez de producirte compasión, te reveló una esencia oscura y un corazón lleno de ira. A veces piensas si sería mejor no saber lo que dicen los ojos de las personas, y conocerlas sin prejuicios. Madre Eleonora también tenía tu mismo don y por eso prefería no ver a los ojos de las personas directamente.

Ahora te diriges hacia una pareja de muchachas y les ofreces decirle su destino. Ellas no te escuchan porque están hablando de la fiesta de anoche, y las carcajadas que producen ahogan tu suave voz. Caminas rodeando la plazoleta para identificar a tus potenciales clientes. La gente que pasa camina muy rápido, como si compitieran contra el tiempo; otros llevan puestos audífonos y marchan por la calle desconectados de la realidad. Sigues sigilosamente a una mujer madura y cuando por fin le prometes que le leerás su destino, ella se asusta, aprieta su bolso con fuerza y acelera el paso.

Ha transcurrido toda la mañana y nadie te ha escuchado; sin embargo tú estás feliz. Disfrutas viendo la gente pasar y te imaginas lo que hacen, hacia dónde se dirigen...que piensan. Te sientas en una banca y sacas tu almuerzo: por cada bocado que pruebas, lanzas otro bocado para las palomas. Siempre te han gustado esos animalitos. Te parece prodigioso que se alimenten de los granitos que la gente les da y miras con ternura como dejan limpio el suelo. Varias veces te has preguntado de dónde vienen, en dónde se refugian cuándo llueve, a dónde se van cuándo presienten que van a morir. Madre Eleonora te decía que las palomas se parecen a los gitanos, porque vienen de todas los puntos de la tierra y, aunque habiten un territorio fijo, siempre serán libres.

En este momento no puedes buscar a quién leerle la mano porque todas las personas están ocupadas viendo a un grupo de hombres con túnicas amarillas, doradas y naranjas que golpean platillos y tambores mientras danzan la melodía del *hare Krishna, hare Krishna, Krishna Krishna hare hare...*

Todo ha vuelto a la normalidad. Saludas a una mujer trigueña, de cabellado rizado y ojos apagados. Le dices que a cambio de unas monedas le puedes leer la mano y hablarle sobre su futuro. La mujer, a diferencia de todas las personas con quienes has intentado hablar durante todo el día, se detiene y se disculpa contigo porque no lleva dinero. Has visto sus ojos y descubriste la inmensa tristeza que ella guarda. Le dices que no te importa y que quieres, de todas formas, mostrarle su futuro. La mujer extiende con confianza su mano y ves que tendrá una vida larga; sin embargo la línea del amor es tan tenue que apenas se deja ver. Le dices que tendrá larga vida y mucha salud, y le recomiendas que siempre tenga en su casa flores amarillas; especialmente girasoles. Tú sabes que no le mentiste, y que no le dijiste que no encontraría el amor verdadero, porque ella ya lo sabe.

Sigues caminando alrededor de la plazoleta. Algunas personas se han molestado contigo porque interrumpiste su conversación, o porque van hacia la iglesia y hablarles de “futuro”, “destino”, “suerte”, hace parte de ritos paganos que son castigados con el “crujir de dientes” y el “fuego eterno”. Tú sabes que a pesar de lo que te digan los demás, tú no obras mal. O ¿acaso se puede castigar a alguien por cumplir al pie de la letra ese destino que desde los tiempos más remotos le ha sido asignado?

¡Ya es hora de marcharse!, te lo ha dicho el viento que ha perdido su tibieza de domingo y las palomas que se han ido. Antes de volver con tu gente, te agachas para ver las manillas de los hippies. Te gustó una manilla que te han dicho que es tejida por los indígenas de la sierra; la compras para regalársela a Tamara. Saliste con tanta emoción de tu casa que olvidaste tu pashmina y ahora tiritas de frío. Caminas rápido para que tu cuerpo recupere el calor. Cruzas las calles y mientras lo haces vuelves a tararear la canción de la mañana. Antes de llegar a la casa te detienes en una tienda vegetariana y compras turrone de ajonjolí para los niños.

Llegas a casa y sonrías feliz. Le dices a Indira que tuviste un buen día. Acompañas un rato a los abuelos, que cuentan historias en romaní, a los más pequeños del clan. Te acuestas y descorres las cortinas para ver las estrellas mientras te duermes. Piensas de nuevo en las palomas y te preguntas: ¿hacia dónde se dirigen cuando tienen sueño?.

CUANDO TENGA BUENA SUERTE

Octubre 13 del 2006

El pasado domingo intenté suicidarme. De nuevo, como con todo lo que me ha sucedido recientemente, no tuve fortuna. Hoy vino al hospital Gabriel, mi mejor amigo; a pesar del mal rato que le hice pasar, aún me mira con afecto. Me dice que no le dejaron ingresar las frutas que me traía, pero decidió dejarme una vieja agenda para que escriba. Él cree que es bueno que la gente escriba las cosas que le pasan, sean buenas o malas, ya que eso es como una especie de liberación. La verdad no estoy seguro si esto de escribir en la situación en la que estoy sea buena idea, pero igual, no tengo nada más que hacer. Por otro lado, es bueno ocupar la mente y distraerme de los quejidos de mis compañeros de pasillo, del fuerte olor a creolina y de las explicaciones que el médico tutor les hace a los practicantes, mientras me usa como conejillo de indias.

He borrado varias veces la primera frase que voy a escribir; no encuentro las palabras que definan mis sentimientos así que, mientras me llega la inspiración, voy a contar cómo empezó todo esto. Las últimas semanas no han sido afortunadas para mí, primero porque el jefe me dio un ultimátum para concretar por lo menos una venta del nuevo catálogo. Ya han pasado dos meses y nada que remito un solo pedido. Él no cree en mis explicaciones, no entiende que las cosas han cambiado y que ahora ni los colegios ni los padres de familia están interesados en comprar libros. Lo que sucede es que ahora con el internet, las salidas pedagógicas, los bibliobancos por aula y la elaboración de guías y talleres que hacen los profesores, resulta un gasto innecesario los textos escolares. Además de esta crisis laboral también está lo de mi gato Chiripa: parece que el ingrato se cansó de que solo le dé agua teñida de leche y un poco de atún cada dos días y decidió abandonarme, (aunque no solo él me abandonó). Como las malas noticias no vienen solas llegó la gota que derramó el vaso: Ángela se va a casar. Me escribió un correo en

el que me da la noticia y además me recalca que soy un fracasado, un pobre, un mediocre que nunca ganó nada y que nunca mereció que yo la hiciera perder cinco años de su valioso tiempo sin decidirme a formalizar nuestra relación. Yo sabía que ella tenía razón, pero igual me dolió mucho. Cuando leí lo que Ángela pensaba de mi, varias imágenes se cruzaron por mi cabeza, mientras las lágrimas y los mocos corrían por mi rostro. La melancolía es un buen motor para la memoria, por eso en ese instante en lugar de poner en blanco mi mente y tratar de pensar en otra cosa, sucedió lo contrario: empecé a rebobinar los recuerdos.

El día que la conocí, llevaba un sastre celeste con un hermoso prendedor de mariposa. Me tropecé con ella cuando iba a untar mi escobilla en la mezcla de engrudo y pegante - por aquellos días yo era pegotero; es decir, me ganaba la vida pegando afiches publicitarios en los que se anunciaban conciertos, marchas, cursos...ganaba dinero ensuciando la ciudad-. Le pedí disculpas y ella las aceptó con una tímida sonrisa. Yo la seguí observando con el rabillo del ojo y me di cuenta que repartía papelitos nacarados a las mujeres que cruzaban por la esquina y las invitaba a una clínica de limpieza facial que se iba a realizar en la tarde. Cuando terminé de empapelar le pedí uno de sus folletos, ella se rió y me explicó que era solo para mujeres. Decidí entonces pararme a su lado y escuchar con atención lo que les decía a aquellas que aceptaban su información. Cuando terminó me agradeció por esperarla, y entonces un silencio frío se interpuso entre mi cabeza y mi boca y sentí como si las palabras estuvieran refundidas en un lugar inalcanzable para mí. En ese instante supe que me iba a enamorar. Después de varias invitaciones que ella rechazó por estar ocupada, una tarde de domingo por fin logré que me acompañara a tomar tinto. Vinieron muchos tintos hasta que por fin llegó el cine, y luego los conciertos gratuitos, el septimazo, las mazorcas sabatinas y otras invitaciones que se ajustaron a mi corto presupuesto.

Ella me quería porque decía que yo era simple. Nunca supe si eso de simple era un cumplido o más bien una burla. Decía que yo era predecible y fácil de entender, y que me conformaba con cualquier cosa. En ese punto ella estaba equivocada. No es que me conformara con todo, es que desde mi niñez había renunciado a sentir deseos especiales,

a preferir, a soñar con cosas imposibles. Y es que cómo imaginar ser alguien en la vida cuando uno sobrevive con dos platos de mazamorra al día, trabaja de sol a sol y solo recibe como pago unas cuantas papas, habas secas y un cuarto de litro de leche. ¡Mi niñez!, no voy a hablar de ella en este momento porque esa etapa de mi vida es como un espejo cubierto de polvo, un polvo que en este instante no deseo retirar.

El día en que leí la carta de Ángela era un domingo con síntoma de lunes: sin música, sin fútbol, gris y lento. Lo que pasó después que rompí la carta es confuso, solo recuerdo voces que se repetían en mi cabeza, un dolor agudo en la garganta que no me dejaba respirar bien y una sensación de pánico que adormecía mis manos y mis pies. Luego, estaba yo en el baño del inquilinato con un frasco desocupado de pastillas para dormir y después...el silencio.

Octubre 27 del 2006

Las cosas han empeorado: la semana pasada me despidieron del trabajo. El jefe cumplió su promesa y me entregó un memorando con la noticia. Él sabía de mi intento de suicidio y por ello me escribió que era un cese temporal, que tan pronto como mejoraran las cosas me contrataría de nuevo. Me felicitó por mi persistencia y al final me dijo que, como compensación por mis servicios, podía quedarme con los textos de muestra gratis que aún tenía. A nivel laboral no me he dado por vencido y he llevado varias hojas de vida; eso sí, siempre me dicen lo mismo: *esté pendiente porque en el transcurso de la semana lo estaremos llamando.*

Sé que no debería pensar esto, pero me hace mucha falta Ángela. Quizá la racha por la que estoy pasando hace que se me agudice la nostalgia y que asocié todo lo que me pasa con su desamor. En todo caso tengo que reconocer que a su lado me iba bien, o más o menos bien. Siempre hacia ventas, aumentaba con facilidad mi repertorio de

chistes flojos y hasta encontraba objetos raros en la calle. Recuerdo que una vez encontré una herradura vieja y oxidada y me quedé con ella para que me trajera buena suerte.

El lunes recibí una llamada, parecía casi seguro que conseguiría el puesto. Me arreglé lo mejor que pude, aunque tengo que reconocer que el traje azul se volvió morado de tanto usarlo, y los zapatos negros están tan lisos y gastados que tuve que ponerles periódico y cartón para no lastimarme. Cuando me entrevistaron me preguntaron por mi experiencia, mi estado civil y el lugar de mi residencia. También me pidieron hacer un dibujo que me representara; yo dibujé una maceta pequeña con una mata que contenía un tallo delgado y una única hoja. No sé cuál de los datos de mi vida disgustaron al psicólogo, o si fue mi dibujo, pero al finalizar ni siquiera quiso ver la hoja de vida y la colocó en el archivador de su oficina. Por lo menos él fue sincero y no me dijo lo de esperar la llamada.

Estoy imaginando qué dibujo hubiera hecho si aún estuviera con Ángela. Nunca fui bueno para las artes o mejor dicho no puedo saber si hubiera sido bueno o no, ya que en la escuela donde hice mis tres años de primaria nunca nos enseñaron a dibujar. Teníamos una sola maestra para los cuatro cursos y ella se las ingeniaba para darnos clases a todos. Como es de suponer nos enseñó lo básico: lectura, escritura y las cuatro operaciones matemáticas. Mis hermanos y yo íbamos a la escuela cuando no había cosecha, o cuando el verano tenía resecos los pastizales y no había ovejas ni cabras que cuidar. ¡Ya lo pensé bien!, creo que si estuviera con Ángela dibujaría una enredadera prendida de un bello Samán.

Noviembre 6 del 2006

Apareció Chiripa: amaneció envenenado en la cocina de la casa. Doña Emilia lo recogió en una bolsa negra y me lo entregó mientras se santiguaba una y otra vez. Ella pensaba que era señal de mala suerte el que a uno se le muriera un gato en la cocina. Parece ser que Chiripa estuvo robándose la comida de los vecinos, dañando las cortinas y los

muebles y alguien decidió envenenarlo. Esperé a que todos los inquilinos se durmieran y lo enterré en el piso de tierra del patio. Aunque no sé si los animales tengan alma como nosotros, recé por él y le desee un buen tránsito hacia el otro mundo.

Noviembre13 del 2006.

Anoche volví a intentarlo. ¡No quiero vivir más!. No soy un cobarde, ni un desequilibrado mental pero la idea de seguir viviendo me produce nauseas. Pese a que nadie me lo dice en la cara, yo sé que doña Emilia, mi amigo Gabriel y las personas del inquilinato me tienen lástima. Justo ayer en la mañana empeñé la plancha, la licuadora y el radio reloj. No me dieron casi nada por ellos ya que no estaban en buen estado. Ya estoy cansado de recorrer la ciudad a pie porque tuve que vender la bicicleta para pagar el arriendo. También estoy aburrido de acostarme temprano para engañar a mi estómago.

Eran alrededor de las diez de la noche, yo estaba tendido en la cama y miraba fijamente el techo enmohecido...de pronto me llegó esa terrible imagen: estaba Ángela frente a mí, tenía un hermoso vestido de novia, ella se reía a carcajadas. Le pregunté por el motivo de su risa y me dijo señalándome con su dedo índice que la desgracia era muy ridícula y graciosa. Ella tenía razón. Tomé un trozo de cable, lo até a la parte alta del marco de la puerta, justo en un pequeño orificio por donde entraba la antena del televisor. No sabía cómo tenía que hacer el nudo, si antes o después de ponérmelo en el cuello. De lo que si estaba seguro –porque lo había visto en algunas películas- era lo de la silla; tenía que subirme a ella, luego saltar y ya. No comprendo porque se desprendió el marco si he bajado más de siete kilos en los últimos meses. Terminé en el piso, un poco magullado y con algunas astillas de madera sobre la cabeza.

Noviembre 19 del 2006.

Mi amigo Gabriel fue trasladado a otra ciudad, no quiso despedirse de mí porque sabe que no estoy bien de ánimo. Me dejó algunas de sus pertenencias con el tendero de la esquina, también me escribió en un papel su nueva dirección y teléfono. Como posdata me dice que tratará de abrirse camino allí y que buscará un trabajo para mí. Vendí en el centro los textos de muestra gratis que me había regalado mi antiguo jefe; como era de esperarse, me dieron muy poco por ellos.

Escribí un poema sobre la miseria, lo voy a enviar a uno de esos concursos literarios que hacen algunas revistas. El primer puesto se llevará 500.000 pesos y el segundo un diploma acreditativo. El poema es un poco extraño, pero tiene algunas imágenes bonitas. Empecé a escribir poemas cuando estaba validando el bachillerato y aunque suene reiterativo debo confesar que mi primera fuente de inspiración fue Ángela. Por esa época nos habían cambiado al profesor de español y había llegado al instituto una profesora bajita de enormes gafas y que siempre usaba sacos de cuello tortuga y faldas largas. Ella escribía frases celebres en una esquina del tablero, decía que eran para motivarnos. También recitaba de memoria poemas sin rima. Cuando nos miraba a todos parecía como si nos quisiera contagiar de su amor por las palabras. Mis compañeros decían que era rara, sin embargo, a Gabriel y a mí nos gustaba su clase; sobre todo porque nos daba libertad sobre los temas de escritura y todos le parecían interesantes, incluso proyectos como el de grupo de Estella. Ella y sus compañeras querían hacer una revista al estilo del programa radial *solución a su problema*, (llegaron a inventar seudónimos como el de paloma sin nido o amiga traicionada). Recuerdo que la profesora un día escribió en el tablero palabras sueltas: cielo, corazón, árboles, nubes, dolor, zanahorias, ramo, zumbidos... luego nos pidió que escribiéramos un poema. Ese fue el primer escrito que le dediqué a Ángela; se lo regalé junto a una cajita de chocolates rellenos. Ella se entusiasmó mucho y a partir de ese momento les empezó a decir a sus compañeras consultoras, que yo era un poeta. Hoy estoy seguro que los buenos poemas deben tener la forma de la tristeza. Cuántas imágenes se atropellan en mi mente ahora que estoy solo, cuantas palabras profundas punzan mi cabeza mientras pienso en ella.

Noviembre 25 del 2006

Alguien decía que *cuando las cosas van mal no hay que preocuparse: pueden ponerse peor*. Hoy doña Emilia me pidió el cuarto. Me dijo que lo necesita para una sobrina que viene a estudiar a Bogotá. Yo sé que no es cierto, que estoy atrasado con el arriendo y los servicios y que me he vuelto una carga para ella. Le agradezco que fuera diplomática, así es menos dura la situación. El hecho de tener que dejar la pensión no me duele tanto como el hecho de saber que ya no veré más a doña Emilia. Ella ha sido como mi madre desde que llegué a esta abrumadora ciudad. Todavía recuerdo aquel sábado de hace siete años. Ella me recogió en el terminal para que no me perdiera, y con una paciencia infinita me iba explicando las cosas que necesitaría para sobrevivir aquí. Con mucha sutileza me sugirió que no usará la ruana todos los días y que llamara a las personas de usted y no de sumerce. Ella decía que la ciudad era una selva y que si uno no tenía los ojos bien abiertos, esa selva se lo tragaba vivo a uno.

Hace dos noches pude salir a caminar, la vecina del segundo piso me regaló la sopa que sus niños no se comieron. Ellos se asustaron al ver patas y pescuezos de gallina flotando en un líquido amarillo y grasoso. Salí muy avanzada la noche, quería pensar qué iba a hacer con mi vida, inventarme algún negocio, encontrar una idea reveladora. Hilar los recuerdos y descifrar el momento exacto en que Ángela se olvidó de mí. Si estuviera Gabriel y me escuchara hablar por enésima vez de Ángela me diría que tengo una roncha. Una roncha es como si la cabeza de uno fuera un acetato con una agujita fina encima que se va trasladando y hace avanzar los pensamientos, pero de pronto sucede que esa agujita se tropieza con un minúsculo grumo de mugre que hace que la aguja se quede estancada, y entonces solo permite transmitir un único pensamiento. Suena poco romántico pero sí, mi roncha se llama Ángela.

¡Lo intenté de nuevo!... pero ésta vez no actué con la premeditación de las veces anteriores, solo se presentó la ocasión. Estaba justo en la esquina donde comienza el peligroso territorio de los calvos. Las casas pintadas de los colores más llamativos del barrio se me iban apareciendo como si fueran testigos de mi fracaso. Caminé hacia ellos,

hacia los calvos. Sabía que no iban a desaprovechar la ocasión para robarme y que al no encontrar nada de valor me darían una única y fulminante puñalada. Me acerqué y todo pasó como me lo habían contado algunas de sus víctimas: primero las groserías, luego la encerrona en círculo y por último la lluvia de golpes y patadas. Cuando el más drogado de ellos se iba a lanzar puñal en mano contra mí, sucedió algo increíble en esta ciudad y en este barrio: apareció una patrulla de la policía. Todos huyeron y yo quedé solo bajo la sombra de aquella oscura noche... tan oscura como mis pensamientos. No sé cuánto tiempo duró la golpiza, pero ese instante comprendí lo de la relatividad del tiempo. Quizá pasaron unos cortos minutos, o tal vez segundos, pero fueron los suficientes para que remotos pasajes de mi vida aparecieran como en un sueño. Entre esos fragmentos recuerdo uno en el que estaba en la vieja casa de santa Rita apilando leña al lado del fogón. Luego, una especie de flash me acercó a la escuela justo en el momento en que la maestra Hortensia revisaba mi cabeza piojosa con una regla. Después estaba mi mamá cantando y remendando unos viejos calzones de hombre; por último estaba yo en la copa de un roble comiendo habas y escupiendo feliz las cascarras sobre el pasto seco. Ahora que lo pienso no estaba Ángela entre esos fragmentos. Ella no es un espejo lleno de polvo que se puede guardar: Ángela es mi roncha y mi talismán.

Diciembre 7 del 2006.

Ayer amanecí en la UPJ del Ricaurte. Me dieron 24 horas de arresto por una contravención al código de policía. El lunes me dirigí a una bolsa de empleo. Uno de los inquilinos de la casa me comentó que llevaba dos años afiliado y que de vez en cuando lo llamaban como contratista para diferentes empresas. Todo iba bien ese día, me aseguré de levantarme con el pie derecho, no me miré en el espejo roto del baño, e incluso, me bañé con el jabón de canela y ruda que me regaló doña Emilia. Llegué una hora antes de que abrieran la oficina, había algo tibio y hermoso en el ambiente y no se podía presagiar ningún mal augurio. Cuando llegó mi turno, la secretaria revisó mi hoja de vida, luego me miró de arriba hacia abajo y finalmente me dijo con ese tono burlón que aún retumba en mis oídos: *Me parece que su perfil no es lo que estamos buscando; usted tiene 33 años y solo tiene experiencia acreditada de tres años como vendedor de libros.*

Además del título de bachiller no tiene más cursos, ni siquiera un seminario de actualización en ventas, ni qué decir del conocimiento de otro idioma o del manejo de sistemas. Lo sentimos, pero la verdad no guarde muchas expectativas con nuestra bolsa de empleo.

Después de aquellas palabras volví a sentir lo mismo que sentí cuando Ángela terminó conmigo: sentí como si fuera un manojito de granos debajo de una piedra de moler, como si fuera un gabazo de caña al que ya no se le puede exprimir más jugo. El rostro de la mujer se aparecía en mi cabeza como el rostro de Ángela y la palabra “simple”, que ella tantas veces me había dicho, ahora tenía un significado duro y contundente para mí: fracasado, sin historia, sin futuro, sin carácter. Como un autómata subí las escaleras de aquel edificio. Sentí un vacío en el estómago, me mortificaba pensar que Cristo a los 33 años había cambiado la historia de la humanidad, y que yo, con esa misma edad, ni siquiera lograba que una modesta secretaria me recibiera la hoja de vida. Vi una luz brillante al final de un corredor; el cristal reflejaba los rayos de un sol, que en lugar de abrigarme, me culpaba. Tomé el impulso suficiente para que el impacto fuera contundente. Caí como una marioneta agitada por el viento y, mientras caía, pensaba en ella y en lo que sentiría cuando supiera que yo había muerto. De pronto estaba yo, consiente, con parte de mi espalda y mis piernas incrustadas en el techo de un taxi. Luego, había una gran mancha amarilla a mí alrededor de la que salían enfurecidos gritos. También había chismosos mirando y un hombre grabando con un celular. La policía trató de calmar los ánimos de los iracundos taxistas: Ellos exigían que yo pagara el arreglo del carro. Les expliqué varias veces que era imposible, que precisamente por mi situación económica y mi desempleo había intentado suicidarme. Los policías no tuvieron más alternativa -para apaciguar los ánimos de los taxistas- que llevarme detenido por protagonizar escándalos en la vía pública.

Yo creía que ya había vivido las peores noches de mi vida, sin embargo, estaba equivocado. Pasé la noche rodeado de delincuentes, borrachos, ladrones y un par de travestis. Solo hubo alguien con quien pude hablar en aquel sitio que olía a mierda, orines, marihuana y licor; era un viejo vendedor de lotería, creo que estaba allí por una

contravención similar a la mía. El hombre escuchó con paciencia mi historia y creo que en algo se alivió mi mente (quizá ya no necesite seguir escribiendo este diario). Me aconsejó que no intentara de nuevo suicidarme; me explicó que incluso para un acto tan terrible e infortunado como ese, se necesitaba de un mínimo de suerte, suerte que definitivamente yo no tenía. El lotero tiene toda la razón. ¡Hoy estoy decidido a cambiar mi suerte!. No voy a pensar más en Ángela, ni en las cosas tristes de la infancia. A pesar de que no soy muy religioso, voy a hacer la novena a San Judas Tadeo, el patrono de las causas perdidas. También voy a bañarme siete días seguidos con yerbas dulces y a tener limones cortados en cruz en un frasco transparente como él me lo recomendó. Haré todo lo que pueda para tener un buen sino, y cuando por fin tenga buena suerte... me suicidaré.

SUEÑOS SIN FUTURO

El teléfono sonó por quinta vez. No quería contestar porque las últimas llamadas no solo me desconcentraban en mi lectura del “*tercer libro de la ética de Spinoza*”, sino porque había tenido que hablar con un vendedor que se había propuesto convencerme (y casi lo logra) de comprar un seguro exequial con Codensa. También habían llamado para poner una grabación terrorífica de la empresa de acueducto, y luego de la ETB en donde me advertían que tenía que pagar en la fecha establecida la factura. ¡Ya nadie llama para saludar o hacer tertulia por teléfono!. Pensé, mientras miraba con angustia el aparato.

Finalmente contesté la llamada. Era Nancy Sotomayor, la antropóloga de la Nacional que fue compañera de estudios de mi hermana, y que luego, por azares del destino, se convirtió en amiga mía. En su acelerada llamada mi amiga me juraba que esta vez sí tenía el negocio del año, y que teníamos que vernos para conversar seriamente.

Nancy no esperó a que yo le contestara que realmente estaba muy ocupada tratando de resolver un antiguo dilema sobre el determinismo y la responsabilidad moral, y que lo último que quería era ayudarla con una de sus tantas ideas para hacer dinero; ideas que siempre han terminado en un rotundo fracaso. Recuerdo por ejemplo que una vez a ella se le ocurrió fabricar veladoras artesanales que exhalaban diversos aromas y que, al ser usadas, atraían la armonía. El costo de los materiales era muy alto y como ella no era muy diestra en la fabricación de velas, ni tenía consolidada una clientela (con excepción de sus amigos, de los amigos de los amigos y de sus familiares), el negocio le representó más pérdidas que ganancias. Pero Nancy es de ese tipo de personas al que parece que cada revés del destino, en vez de menguar su espíritu, lo que hace es animarlo. Entre la

lista de negocios que ella había jurado que iban a tener éxito están por ejemplo su fundación de *turismo de ciudad*, el cual ofrecía, entre otras cosas: visitas guiadas al cementerio central, paseo nocturno por la Candelaria, toma de chicha en el Chorro de Quevedo.... El caso es que su fundación turística lo que pretendía hacer, era algo que desde hacía mucho tiempo el instituto distrital de cultura ya estaba haciendo, (y gratis). Como era de esperarse, su fundación no duró mucho tiempo. A estos negocios experimentales también se sumó su tienda de productos vegetarianos, un puesto de compra y venta de antigüedades en Chapinero, la asesoría a colegios sobre programación neurolingüística y otros negocios de los que ya no me acuerdo.

Un par de días después de la llamada decidí encontrarme con ella y escucharla. Nancy me contó que la “gran idea” de la que quería hablarme se le había presentado en un sueño tan claro y real que debía ser una señal inequívoca de que tenía que hacer lo que soñó. En el sueño ella se encontraba en una habitación blanquísima y estaba vestida con una túnica blanca y resplandeciente. A su alrededor había varias personas durmiendo mientras que ella podía ver lo que estaban soñando. Después de escuchar otros pormenores de su sueño le expliqué que quizá ella quería conocer algún chisme, o algún secreto de alguien, y que el sueño era la forma como ella realizaba ese deseo inconsciente. Exacto, -me respondió ella-. Y me dijo que ese era precisamente el punto que quería explicarme.

No entendí su afirmación, pero después de que me explicó su “gran idea” hubiera querido no haber dicho lo que dije. Según Nancy, ella y yo podríamos interpretar los sueños de las personas y ayudarlos a entender parte de su presente o de su futuro y de paso ganar dinero. Según ella el negocio era sencillo; solo había que escuchar con atención los sueños de las personas y utilizar el sentido común para hacer las deducciones.

Después de hablarle de la interpretación de los sueños desde la perspectiva freudiana, de tratar de convencerla de que los sueños no pueden predecir el futuro y que quienes creen

en eso son personas supersticiosas, Nancy me explicó que tal vez yo tenía razón, pero que a ella no le interesaba la parte científica ni buscar la verdad; sino que, lo que quería realmente, era aprovechar la credulidad de la gente y sacar provecho de ello.

Nancy estaba tan convencida de que su idea tendría éxito, que ya había comprado varios libros sobre la interpretación de los sueños, e incluso, había fotocopiado un diccionario de signos oníricos con su respectiva explicación. En ese momento sentí algo de curiosidad al ver la efusividad con la que mi amiga hablaba de un negocio tan extraño. A pesar de mi racionalismo debo confesar que el tema de los sueños siempre me ha parecido algo enigmático, como si en ellos viviéramos una realidad paralela que afecta a la otra realidad.

El discurso de Nancy, tan bien hilado como desproporcionado, terminó por convencerme y, de nuevo estaba yo, secundando sus locuras, y escuchando la segunda parte del negocio: un programa radial en horario de 3 a 3 y 30 a.m ¡todo un horario estelar!. El plan completo de Nancy era que realizáramos el programa radial a partir de las llamadas de la gente y diéramos algunas pinceladas sobre sus sueños. Luego, invitábamos a los radioescuchas a recibir una exégesis completa en nuestra oficina de Galerías, en donde les cobraríamos por la interpretación completa.

Nuestro programa radial se llamaba: *“El futuro a través de los sueños”* y se emitía en amplitud modulada. La emisora no tenía mucha sintonía y los programas que había, antes del nuestro, hablaban sobre las enfermedades del momento y su curación con el uso de plantas naturales, o sobre el uso de ciertos amuletos esotéricos para atraer el éxito. Mientras trasnochábamos esperando salir al aire, aprovechamos el tiempo para hacer nuestro propio diccionario. Nancy realizó una encuesta con amigos y conocidos preguntándoles sobre sus sueños más comunes y, recopiló también, varias imágenes que se repetían: soñar con piojos, con personas fallecidas, atravesar ríos o mares, caer de un precipicio, caminar entre campos sembrados con flores, regresar al colegio o ser perseguido por animales. Al lado de cada imagen empezamos la asociación de su respectivo significado. Frente a los piojos escribimos que simbolizaban la llegada de un

dinero o el éxito en un negocio; en relación con las personas fallecidas escribimos que era señal de que había cosas del pasado que necesitaban solucionarse. En cuanto a los viajes por ríos o mares escribimos que eran signo de soledad. En fin, logramos escribir más de 50 sueños con su respectivo significado.

Durante la primera semana del programa radial recibimos solo la llamada de un celador que preguntaba por el significado de soñar con máquinas de escribir. Él tenía ese sueño seguido y le causaba curiosidad ya que nunca había escrito a máquina, ni tenía alguna en la casa. Lo primero que pasó por la cabeza de Nancy fue relacionar la máquina con el oficio del escritor; pero, siguiendo la lógica, era poco probable que detrás de aquel *hombre de la noche* estuviera un genio de la literatura en potencia. Dudamos mucho en darle una explicación y lo que hicimos fue dar rodeos. Por último, y más por salir del paso que por cualquier otra cosa, mi amiga le dijo que soñar con máquinas de escribir significaba que él tenía problemas de comunicación con su familia y que debía soltarse, ser sincero y contar las cosas que le disgustaban. Esa fue la única llamada que recibimos en las dos semanas que estuvimos al aire.

En el consultorio las cosas no eran mejores. Las únicas personas que llegaban a visitarnos eran vendedores ambulantes ofreciendo bolsas para la basura, inciensos, flores, tinto o aromática. También llegaban personas preguntando direcciones, o jóvenes pidiendo monedas para completar para la entrada al estadio. Esperamos que pasara un mes para cerrar la oficina ya que no teníamos dinero para seguir pagando arriendo. El programa radial solo duro las dos semanas que Nancy había pagado y, como no teníamos alguien que quisiera pautar con nosotras, no tenía sentido continuar con un espacio que solo escuchaban vigilantes y personas con insomnio.

Con este nuevo negocio fracasado, mi amiga perdió las pocas ganancias que le había dejado su anterior negocio de consultorías en coaching ontológico y liderazgo autónomo. Desocupamos la oficina para entregarla. Yo me quedé con el escritorio y la papelería y

Nancy se llevó los cuadros que habíamos comprado para decorar: una pintura de Jacob subiendo una escalera que llevaba al cielo y un ángel de la guarda que custodiaba el sueño de tres pastorcitos.

Después de mi fracaso con los *sueños sin futuro*, decidí abandonar por completo todo lo que tuviera que ver con lo onírico. Sin embargo, las semanas que siguieron al cierre del negocio, comencé a tener un sueño reiterativo (aunque con variantes). En uno de esos sueños estábamos en Roma con Nancy; caminábamos por la plaza de san Pedro y conversábamos con otros turistas. La particularidad de este sueño es que las dos hablábamos en español pero la gente nos entendía perfectamente. En otro sueño estábamos las dos volando sobre esa misma plaza y aterrizábamos cuando alguna de las dos caía en cuenta de que no teníamos alas y por lo tanto, no podíamos volar. En todos estos sueños las dos estábamos felices y podíamos hacer cosas que en la vida real no hacíamos. Era tanto el impacto y la nitidez de esos sueños, que durante gran parte del día sentía lo mismo que había sentido mientras dormía. Nunca traté de interpretar el significado de esos sueños, ni se los conté a nadie (he escuchado por ahí que si uno revela los sueños, estos ya no se cumplen).

Durante mucho tiempo mi amiga estuvo desaparecida. Pasaron varios meses, hasta que una tarde la vi caminando frente a la plazoleta de las Nieves. Había algo diferente en su forma de vestir: usaba un sastre gris y zapatos de tacón. Además, llevaba el cabello más largo que de costumbre y un maletín de cuero. Si no conociera su aversión por los trajes formales, hubiera creído que iba a una entrevista de trabajo y nada más. Nos tomamos un café cerca a la Liberia de la Nacional. Mientras ella me contaba los últimos acontecimientos de su vida, yo esperaba con mucha ilusión que me hablara de algún viaje a Europa o algo así. Cuando le pregunte por su actual trabajo u ocupación; ella me contestó que ahora se dedicaba a los negocios de su padre, -eso me causo gran extrañeza, ya que hace doce años su papá murió-. Después me siguió diciendo cosas que no entendía, o que me parecían incoherentes. Me dijo que ahora la abundancia de los cielos sería derramada sobre ella y su familia, que cada trabajador merece su paga. También me dijo que, maldito el hombre que confía en el hombre y no pone su confianza

en Dios. Si me hubiera hablado en chino le hubiera entendido mejor. Al final no le seguí preguntando nada porque todo me lo contestaba con una cita bíblica que recitaba de memoria.

Finalmente nos despedimos con un sentido abrazo. Antes de sepáranos, Nancy sacó de su bolso una biblia (de edición Reina Valera) y de ésta, sacó un volante que me entregó. La miré fijamente a los ojos como esperando una explicación y mientras lo hacía, vi de nuevo ese brillo que transmitía su mirada cada vez que tenía “una gran idea”.

LA HUIDA

Simón Leónidas Dangond nunca se imaginó que un falso rumor lo hiciera abandonar su pueblo. Sobre todo porque había jurado que moriría allí de viejo y que después de muerto seguiría meciéndose en su vieja silla de mimbre, esperando la noche para acompañar a sus compadres en los fandangos y en las parrandas; así fuera con un silbido traído del otro mundo.

Escapó de su propia casa alrededor de las tres de la mañana. Saltó la tapia del patio luego de tirar con mucha precaución una maleta de lona con unas cuantas mudas de ropa y algunos objetos personales. Caminó con mucho sigilo por entre las calles polvorientas, adornadas a lado y lado por almendros y mangos que se abrían a su paso y cuyas ramas se parecían a los brazos de los fantasmas de sus pesadillas. Sabía que no podía salir del pueblo por la calle principal, pues podría ser visto por algún borracho de los que son echados de la taberna de Efrén o del billar de Beto Castro; por eso decidió rodear el pueblo y salir por el viejo camino de los asnos y de los burros. Llevaba puesta la camiseta blanca y roja de su equipo del alma, sus viejas botas de minero, un pantalón de dril color beige y su sombrero de caña flecha. Pasó frente a la vieja escuela y se detuvo a rezar tres padrenuestros y tres avemarías frente a la iglesia de San Cayetano. En sus atropelladas oraciones le prometía al santo que si lo ayudaba a salir del embrollo en que estaba metido, dejaría la parranda, el trago y por supuesto las mujeres.

Caminó cerca de dos horas hasta llegar al Paso, el pueblo vecino. Temiendo que alguien lo reconociera, se puso un pañuelo en la boca y se bajó lo más que pudo el sombrero. Se acomodó en el último rincón de la flota que lo llevaría a Manaure y se estiró con la firme intención de descansar. Tenía el tiempo suficiente no solo para dormir, sino para pensar y para tratar de explicarse a sí mismo algo tan confuso y tan extraño que bien podía convertirse alguna vez en una leyenda.

Todo su infortunio había comenzado dos semanas atrás. El primer anuncio de lo que se venía de ahí en adelante se lo hizo su vecino Rafa cuando lo saludó con una cerveza en la mano, y le preguntó si sabía lo del premio mayor del lotazo:

—Aja, viejo Leo ¿supiste que el lotazo cayó aquí en La Iguana?

— No hombre, no lo sabía. Pero me alegro por el afortunado. Si yo me lo hubiera ganado haría una parranda de 21 días, traería todo el ron del mundo y pavimentaría todas las calles del pueblo. ¿Viste que están investigando al alcalde?

—Y deberían también investigar a todos los alcaldes anteriores. Qué coraje que este pueblo reciba tanta plata de regalías por el carbón, y aquí la gente viva con dos horas de agua por día y con las calles tan empolvadas que hasta el negro Tirso se blanquea del polvo al caminarlas.

Esa misma tarde Simón Leónidas recibió la visita de su vecina Araceli la cual venía con su ahijada Lucy. No entendió inicialmente a qué se debía la visita pero luego comprendió todo: la mujer le estaba metiendo a la muchacha por los ojos. Ella le insinuó que ahora que iba a ser rico necesitaba una mujer echada pa'lante, joven y hogareña. También le hizo una larga lista de los atributos físicos y morales de Lucy, que iban desde ser las más bonita de toda la Iguana, hasta ser las más adelantada de todas sus hermanas pues con 17 años ella ya trabajaba en la gasolinera del pueblo, hacía costuras y helados de paila y era la única jovencita -no solo del pueblo-, sino de la región a la que nunca se le habían pegado los piojos. Simón Leónidas aturdido creyó que se trataba de una broma, pero la mujer le repitió de nuevo todo lo que le había dicho. Como pudo, y sin salir de su confusión, le explicó que ella estaba equivocada, que él no se había ganado ninguna lotería...que él nunca compraba la lotería.

Al día siguiente la policía llegó a su casa. El comandante de la estación fue a ponerse a su disposición. El uniformado le dijo que estaban preocupados por su seguridad, que no saliera solo del pueblo y que le ofrecían un escolta para custodiar su casa. — ¿Es por lo del premio? — Preguntó Simón Leónidas. El comandante asintió con la cabeza y aprovechó también para felicitarlo y para recordarle que él lo había salvado de ir a la cárcel cuando rompió todos los vidrios del billar de Beto. Rascándose la cabeza y mostrando su desdentada boca, Simón le repitió lo que ya le había dicho a su vecina, a su hermana, a su compadre Onofre, al tuerto Padilla, a sus vecinos, al cura del pueblo y a una docena más de personas: le dijo despacito que había un error, que lo estaban confundiendo con otra persona, que él nunca jugaba la lotería, que nadie se la había regalado, que tampoco se la había encontrado...que él nunca compraba la lotería.

Además de las visitas de parientes lejanos, vecinos, amigos y curiosos también llegó la visita de una mujer quien decía ser la madre de dos mellizos de 13 años, y cuyo padre era precisamente Simón Leónidas. Él la recordó muy vagamente; más bien la asoció con el bar al que asistía todas las noches después de terminar con su jornada de minero en el Rodeo, un pueblo también olvidado de Dios, y más pobre que la Iguana. La mujer le explicó que no era por interés ni mucho menos, sino que quería que los niños conocieran a su padre y que él se hiciera cargo de los tres. Ella le explicó también que había perdido el trabajo, pues los paramilitares habían matado al dueño del bar donde trabaja por negarse a pagar un impuesto. La verdad es que los niños no se parecían mucho a él, pero terminó recibiendo a la mujer en su casa con la condición de que le ayudará con los oficios y con el cuidado de los cerdos que tenía criando en el patio. Simón Leónidas ya había perdido la paciencia y había decidido no dar más explicaciones. Él estaba convencido de que tan pronto como apareciera el verdadero ganador, las cosas volverían a la normalidad.

Sin embargo, transcurrió otra semana y no apareció el verdadero ganador. Los noticieros y los periódicos regionales seguían insistiendo en que ya estaba identificado el ganador del lotazo. Decían que era un humilde ex minero de la Iguana. Un viernes llegó un

periodista que venía a entrevistarlo. Lo encontró frente a su casa, debajo del palo de mango tomándose una cerveza para el calor.

- ¿Usted es don Simón Leónidas Dangond?
- Mande señor, él mismo si no es para una deuda o para apadrinar un hijo.
- No se preocupe, quiero saber cómo se siente ser el ganador de los ochenta y nueve mil millones que dejó el lotazo.
- Aja, yo ya veía venir el golpe...
- Mire, yo no tengo nada contra usted y no le voy a hacer perder el tiempo. La verdad es que yo no me he ganado ninguna lotería. Es más, mire el letrero que puse en mi puerta: (EN ESTA CASA NADIE SE GANÓ LA LOTERÍA, NO INSISTA)
- Comprendo señor, pero ¿no entiendo por qué todo el mundo en este pueblo dice que usted se ganó la lotería?
- Pues la verdad mi amigo yo también quisiera saber lo mismo. Verá, no he tenido paz en estos días y solo le pido a las benditas almas que aparezca el verdadero ganador.

Simón Leónidas ya estaba comenzando a resignarse con las consecuencias del rumor de que era millonario y solo esperaba a que las cosas se aclararían. Sin embargo, el día anterior a su fuga del pueblo, las cosas se pusieron peligrosas para él. Ese día en la mañana recibió un papel anónimo en el que alguien lo alertaba sobre un posible secuestro. Por eso no lo dudo más, le confió su decisión a su compadre Onofre y le dejó un papel firmado en el que lo autorizaba a cobrar los arriendos de los dos ranchos que tenía en el pueblo y también autorizaba a la mujer y a los dos niños para vender los cerdos o hacer con ellos lo que quisieran.

Después de repasar una y otra vez esas dos últimas semanas durante su trayecto a Manaure, Simón Leónidas llegó a la conclusión de que algún enemigo oculto quizá había inventado todo eso para perjudicarlo. El problema era saber quién. Ahora, él tendría que empezar de nuevo en una tierra lejana y reencontrarse con su única pariente: una tía a la que no veía desde hacía más de veinte años.

Guiado por su talento de excavador de minas, Simón Leónidas encontró el rancho de su tía. Le llevó como presente una botella de agua y una manilla que él mismo había tejido en el camino. Estuvieron conversando toda la noche y la mujer sintió algo de pesar y algo de risa por toda la historia. -Nadie puede ocultarse eternamente-, le dijo ella en dialecto wayunaiki. Sin embargo, le indicó que podía quedarse todo el tiempo que quisiera.

Transcurrieron varios meses y Simón Leónidas ya estaba familiarizado con las labores propias de una tierra, en la que la riqueza no es el carbón, como en la Iguana, sino la sal. Le ayudaba todos los días a su tía a traer agua en galones, a cuidar los chivos e incluso, a tejer mochilas multicolores. No faltaron las parrandas ni el ron. Todas las noches cantaba canciones románticas de Gustavo Gutiérrez, de Roberto Calderón o del mismo Nafer Duran. Ya estaba decidido a no volver a su pueblo, pues casualmente al día siguiente de su huida, había aparecido el ganador quien se había cuidado de no dejar el más mínimo rastro de su identidad, razón por la cual la gente de la Iguana quedó convencida de que el ganador era Simón Leónidas y que por eso había desaparecido del pueblo.

Una tarde, mientras Simón Leónidas descansaba bajo la sombra de un dividivi y se fumaba un tabaco, apareció Dionilde, la adivina del pueblo. La mujer movida por un impulso extraño le arrebató a él su tabaco. De pronto, ella dio tres fumadas largas y escupió en el suelo. Después alzó el tabaco a la altura de su cabeza y le dijo a Simón Leónidas que un suceso maravilloso le iba a ocurrir en pocos días, que la fortuna y la suerte muy pronto llegarían a su vida. — ¿Tú haces la lotería seguido? — Preguntó la mujer.

NARDOS Y ROSAS

Isabel llamó nuevamente a la mesera para pedir otra copa de vino caliente. Se distrajo mirando el gran ventanal del bar que daba hacia la calle 24. Observó a la gente corriendo para resguardarse de la lluvia: algunas personas se ponían periódicos o chaquetas sobre la cabeza mientras que una mujer mayor luchaba para enderezar un paraguas cuyos alambres se doblaban por el viento. Vio a algunos estudiantes del Camilo Torres fumando cigarrillos detrás de un poste y mirando a todas partes para estar alertas. Sintió compasión por los vagabundos que intentaban escampar bajo los aleros del kokoriko mientras que los autos que subían hacia la quinta los mojaban con furia. Adentro el ambiente estaba tibio; sin embargo, las gotas que escurrían sobre el cristal le daban a ella una sensación de frío y humedad. De repente sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz de la mesera:

— ¿Desea el vino con canela y manzanas?

— ¿Qué dijo?...estaba distraída y no la escuché... Ah, solo con canela, las manzanas me dan acidez

— ¿podría pedir una canción?

—No, lo siento mucho... ya tenemos programadas las canciones de la noche

—No importa, gracias

Isabel ya iba por su segunda copa de vino. Se sentía algo extraña porque hacía mucho tiempo no tomaba sola en un bar, y aunque el sitio le era familiar, no dejaba de sentirse incómoda al toparse de vez en cuando con la mirada curiosa de los otros clientes del *café cinema*. Hace veinte años cuando comenzó a frecuentar el bar con sus amigos (recién egresados de la universidad) el ambiente era muy diferente al actual. Las mesas estaban pintadas con imágenes de películas de cine arte: Tacones lejanos, expreso de

medianoche, tiempos modernos, good bye Lenin, y otras películas que ya no recordaba, pero que de seguro había comentado críticamente con sus compañeros de estudio. Las paredes eran una apeñuscada galería de la resistencia; fotos y cuadros de líderes y políticos revolucionarios entre los cuales no podía faltar la imagen del Che recostado sobre una pared, con la camisa desabotonada y las botas completamente sucias. Los clientes –la mayoría estudiantes universitarios, bohemios, poetas venidos a menos, uno que otro intelectual o profesor universitario etc- , siempre podían programar las canciones que querían escuchar y, al finalizar cada velada, cantaban al unísono las canciones de Silvio Rodríguez, Mercedes Sosa, Joan Manuel Serrat... Todos salían abrazados y felices, oliendo a incienso de sándalo mezclado con cigarrillo y, con la completa convicción, de que con cada tertulia podían transformar un poquito el mundo.

Isabel pensó que las cosas habían cambiado tanto que ya ni siquiera podía pedir una canción, y que la decoración actual se asemejaba más a una bodega de antigüedades o de reciclaje que a otra cosa. Los cuadros de líderes, cantantes y demás personajes revolucionarios, habían sido reemplazados por viejos utensilios domésticos: antiguas máquinas de coser, acetatos, fogones, lámparas de petróleo. Mirando a su alrededor Isabel hizo un chiste cruel con ella misma, al pensar que dentro de muy poco, ella podía hacer un juego perfecto con la envejecida decoración del lugar.

El tema de la edad la tenía muy pensativa. Se sentía atravesando esa línea incierta entre la madurez y la edad adulta. Un tiempo en el que la muerte es algo lejano, pero la vida se empieza a construir a partir de los recuerdos. No supo cuándo empezó para ella este misterioso juego del tiempo, lo que si sabía es que ahora se había vuelto constante ese venir del pasado para luego situarse en el presente. Cuando se levantaba y se miraba al espejo tardaba un rato en reconocerse; sabía que la que estaba en frente tenía sus ojos, su boca, sus facciones; sin embargo, veía en su rostro señales y líneas que distorsionaban aquella imagen serena y suave que tenía de sí misma. El espejo se convirtió en aquel testigo silencioso que guardaba todos sus rostros. Si alguna vez tuviera que reconstruir su cuerpo, sus cicatrices, las marcas dejadas por aquellas experiencias

vividas; sería al espejo a quien acudiría, porque en él se contenía aquella realidad mitad silenciosa, mitad melancólica de su existencia.

Isabel percibía el cambio en todo lo que la rodeaba pero ella, rara vez era consciente de su propia transformación; era como si su vida estuviera suspendida en un eterno paréntesis. Ahora mientras esperaba en aquel bar, se imaginó a sí misma sentada frente al balcón de su apartamento, tratando de hilar los sucesos de su pasado para encontrar el momento exacto en que la soledad la escogió a ella, o en la que ella escogió a la soledad. Isabel se preguntaba si acaso su destino estaba marcado por aquellos juegos de la infancia, en donde el reloj de Jerusalén marcaba su compás a través de la ronda, luego paraba para dar las campanadas, y con su *“el que queda solo, solo quedará”* le anunciaba que todos sus compañeritos habían encontrado pareja y ella no. O quizá serían las margaritas que deshojaba y que terminaban con un *“no me quiere”* las que habían anticipado su futuro. Reflexionando sobre su pasado para tratar de desanudar la madeja de su historia personal, Isabel encontró una grieta, un sitio en el que al hurgarlo sintió un dolor diferente al que ya conocía. La herida estaba ahí, ahora ella tendría que decidir entre dejarla pasar inadvertida o seguir buscando, ahondando más, a expensas de encontrarse con ese oscuro laberinto que a veces es la memoria.

El escenario al que ahora su mente la transportaba era la sala de su casa. Vio a una jovencita de veinte años llorando, escondiendo su rostro entre las manos. Su llanto era incontenible y por más de que trataba de respirar y de serenarse, sus lágrimas volvían con mayor fuerza. Al lado de ella estaba un muchacho alto y trigueño que se mantenía de pie. La miraba impasible, como recriminándola por llorar. Acaban de terminar un noviazgo de dos años. Él le había dicho que su proyecto de vida ahora giraba en una dirección opuesta a la de ella, y que lo mejor era que cada quien siguiera su rumbo. Le prometió que de todas formas seguirían siendo amigos y que si alguna vez volvía a tener novia, ésta tendría que ser igual o mejor que ella. Ahora cada vez que en su mente se repetían las palabras *“incompatibilidad de proyectos”*, sentía como si su corazón no quisiera estar más dentro de ella, y su cabeza fuera una muñeca de trapo a la que punzan sin compasión. Su mente y su razón aceptaron la ruptura, pero su corazón abrigaba la

ilusión de que todo fuera pasajero o quizá un mal sueño. Los meses pasaron y ella lo seguía amando. A veces lo seguía a escondidas y propiciaba encuentros que no pasaban del saludo, otras veces lo llamaba con el pretexto de algún favor, o para preguntarle cosas sobre amigos comunes. Ella no se dio cuenta pero había alimentado sola una ilusión estéril, lo cual, con el paso del tiempo se convertiría en su más grave error. Durante un lapso grande de su juventud siguió esperando que aquel joven trigueño y alto volviera a su vida. Pasó la etapa de la universidad -y aún la de los primeros trabajos-; le conoció varias novias, pero ninguna era parecida en lo más mínimo a ella. La joven que ya empezaba a madurar siempre guardó la esperanza de que algún día sus proyectos de vida se volvieran compatibles. Pero eso nunca pasó. Sin percatarse, había dejado de vivir su vida al apostarle a un amor inconcluso, que solo había sido realidad en su fantasía. Ahora sentada en aquel balcón, Isabel se reprochaba por no haber tomado una actitud diferente, por no haber asumido que aquel primer amor ya había muerto, por no haber aceptado el afecto que otros jóvenes le ofrecieron y que ella rechazó con la blindada envoltura del silencio, mientras seguía asistiendo como lejana espectadora de una vana ilusión.

Después, aquella muchacha que había visto en la sala de su casa se transformaba en una mujer todavía joven, que estaba en una biblioteca leyendo y escribiendo. Los libros ahora eran su refugio y su consuelo. Sin saber por qué, aquella mujer había decidido esconder su debilidad y su tristeza en el estudio y la investigación de la historia universal. Quizá porque era mejor para ella vivir la vida a través de los ojos de los otros, o tal vez, porque la historia de héroes, batallas y naciones la alejaban de sí misma, de aquella sensación de frustración y nostalgia que siempre la acompañaban. Su filosofía de autodefensa fue no volverse a enamorar para no tener que sufrir una vez más.

Sin embargo Isabel comprendió, después de mucho tiempo, que aislarse del afecto lejos de hacerla inmune contra el dolor, lo que hizo fue generar en ella un caparazón débil que la aisló de la vida misma. ¿Pero, cómo hacer para devolver el tiempo y corregir los errores del pasado?, esa era la pregunta que en los últimos años la atormentaba. Quizá encontrar el amor perdido podría ser un buen comienzo para enderezar el camino. Tal vez todavía

podría encontrar la música y la poesía que le faltaban a su vida, o tal vez no; quizá su vida ya estaba determinada para ser eco de la soledad y umbral de la tristeza.

Isabel retornó del balcón de su apartamento hacia el *café cinema*, miró por enésima vez su reloj y comprendió que la demora de Juan Carlos era señal de que no vendría. Decidió tomarse una última copa de vino caliente, antes de volver a su apartamento con un nuevo reporte que anexar a su larga lista de citas frustradas, inconclusas o para no recordar.

El caso de Juan Carlos ya se había repetido en otras ocasiones, claro que con otros hombres y en otras circunstancias. Isabel recordó por ejemplo la cita que tuvo con Leonardo Castillo un tanatólogo, que también, (al igual que Juan Carlos), había conocido por intermedio del club de amigos. Aquel día mientras lo veía avanzar hacia la banca del parque nacional en el que ella lo esperaba, empezó a hacer fuerza mental para que no fuera él, la persona que esperaba. Su aspecto hacia juego perfecto con su trabajo: era alto, pálido, vestía tan pulcramente como si fuera para un entierro, y para colmo, tenía un halo de tristeza que se le notaba en la mirada. Isabel tomó aire y asumió el reto, total qué podía perder. Se sentaron un rato en la silla del parque mientras que intercambiaban información personal: gustos, comida preferida, películas, canciones. Así transcurrió la tarde pero aquel hombre no mostraba ninguna intención de querer invitarla a tomar un café, o algo parecido. Isabel entonces tomó la iniciativa y lo invitó a un “Oma” que quedaba en el centro internacional. En Aquel sitio el tema de conversación se agotó – pero no por culpa de Isabel- quien siempre tenía cuerda para rato, sino de Leonardo. El hombre contestaba casi con monosílabos a las preguntas que ella le hacía. Después de dos capuchinos y de un silencio incómodo que se prolongara más de lo que ella hubiera querido, decidieron marcharse, eso sí, Leonardo se adelantó para ir al baño mientras la mesera les traía la cuenta. Isabel terminó pagando mientras juraba que en la vida iba a volver a salir con aquel tipo.

Luego vinieron otros encuentros iguales o peores que éste. Había salido con un zootecnista que aún vivía con sus padres y que le hablaba del trabajo todo el tiempo. Lo más interesante que había hecho con él, fue acompañarlo a comprar una medicina para desparasitar perros. Luego vino la cita con un médico, bastante mayor, para quien el país era una porquería, y siempre se la pasaba hablando de Europa y del primer mundo. Después de cada cita, de cada desencuentro con los candidatos para el amor, Isabel se sentía desecha. Se culpaba a sí misma por perder el tiempo con tipos tan superficiales, o con tan poca inteligencia emocional. Las frases como: *eso me lo merezco por andar buscando lo que no se me ha perdido, o yo ya sabía que todo terminaría mal*, se convirtieron en su mantra más recitado.

Ella ya había renunciado a perder el medio millón de pesos que había invertido en la suscripción al famoso club; sin embargo, hacía un mes había recibido una llamada de un ingeniero agrícola quien tenía un timbre de voz especial que le hizo revivir las esperanzas de ver justificada su inversión. Al inicio de las conversaciones telefónicas la cosa fue fluyendo con naturalidad. Ella se sentía alegre cada vez que hablaba con él, pues -como cosa rara- el ingeniero era muy chistoso y tenía la misma costumbre que tenía Isabel de burlarse de sí. Juan Carlos Segura (era el nombre completo del ingeniero), también era amante de la naturaleza como Isabel y se la pasaban hablando de caminatas ecológicas y de especies en vía de extinción. Era tal la compatibilidad de los dos en temas ambientales, que justo para la cita de aquel día en el *café Cinema*, Isabel le llevaba un artículo escrito por su hermano (que aún no había sido publicado), sobre los impactos ambientales de la minería en Colombia. También le llevaba una fotografía original de la *Ida Lionetti*, una orquídea colombiana que se creía extinta, pero que fue descubierta milagrosamente por un científico norteamericano en Bogotá. Ahora, lo más probable es que esos detalles volvieran con Isabel a su apartamento de Palermo. Ya había pasado mucho tiempo y Juan Carlos definitivamente no llegaría.

Isabel pagó y salió de un *café cinema* que alguna vez le fuera tan familiar, pero que ahora era extraño para ella. Decidió no tomar el taxi frente a la séptima, sino irse caminando hacia la 19. Caminar despacio y bajo la lluvia podía ser un bálsamo para su

corazón maltrecho. Pensar o evitar pensar mientras recorría aquel camino que transitó tantas veces bajo otras lunas y otros aguaceros, la hacían sentir una nostalgia diferente a la que ya traía. La lluvia caía inmisericorde sobre su cabeza y poco a poco convertía su cabello temporalmente lacio en una enmarañada cascada de rizos sin forma. Isabel comenzó a llorar, lo hizo serenamente y sin pausas, aprovechando que las gotas que caían del cielo mimetizaban sus gestos. Se sentía culpable por equivocarse una y otra vez de la misma manera. Tal vez esa sensación de rabia que tenía consigo misma estaba justificada, ya que ella era quien siempre se exponía para que los otros la hirieran. Pero tal vez ella no era la única culpable, quizá la esencia de nardos y de rosas que le enviaba su tía Victoria y que, supuestamente eran para encontrar el amor verdadero, lo que había hecho era espantarlo. O quizá no, quizá la culpa no era de ella ni de la esencia, ni de los otros. Tal vez la culpa de su soledad era del destino. Tal vez desde antes de nacer ya estaba escrito en el gran libro de la vida que ella nunca encontraría el amor ni la alegría...por lo menos no, en ésta existencia.

¿CARA O SELLO?

Camila y Roberto llevan casi una hora discutiendo sobre quién tiene que quedarse con la vieja hamaca que aún está atada y entronizada en medio de los árboles del jardín. Los dos firmaron el acta de divorcio hace tres semanas, y durante ese tiempo hasta ahora, están tratando de dejar en orden todas las cosas para evitarse futuros contratiempos.

Hace veinte años cuando los dos estaban recién casados acordaron que todas las decisiones que tomarán de ahí en adelante (así fuera sobre los asuntos más elementales de la cotidianidad del hogar), tenían que ser discutidas, discernidas y dilucidadas a la luz de la inefable razón que dan los argumentos bien sustentados, claros y distintos. Y es que para ellos, tan avezados en el manejo de la dialéctica y la retórica, la mejor decisión no solo debía ser la más conveniente en términos de utilidad, sino que debía ayudar al ejercicio del debate. Este ejercicio (entre muchos otros pactos que los dos habían respetado hasta entonces), era el fruto de la formación política adquirida durante sus años de militancia en el partido.

Fue precisamente en una de las reuniones que el partido hacía en Teusaquillo en donde los dos se conocieron. Para esa época Camila iba en su cuarto semestre de sociología en la Universidad Nacional y Roberto estaba terminando su carrera de ingeniería mecánica en la Inca. Ella recién estaba descubriendo el mundo revolucionario gracias a los cursos de Marx que había tomado con el maestro Rubén Jaramillo Vélez, y gracias también a su amistad con la paisa, quien le leía las obras completas de Mao y se la pasaba hablando de la guerra popular prolongada, de la combinación de todas las formas de lucha, y de muchos otros temas que al parecer le importaban más que asistir a las clases que tenía inscritas. Camila acompañaba a la paisa a los grupos de estudio, a las asambleas estudiantiles e incluso, ayudaba a preparar panfletos en contra de la burocratización y privatización de la universidad pública. Por su parte, Roberto tenía una

experiencia mayor que la de Camila en temas revolucionarios. Él ya había sido miembro de la Juco, y tenía organizados grupos de estudio sobre el marxismo en las juntas de acción comunal de villa Javier y san Antonio. El día que los dos coincidieron en aquella reunión del partido, se discutía sobre el paro nacional que se iba a hacer el siguiente mes y la forma cómo iba a ser la participación de los diferentes sectores sociales.

Gustavo un amigo de la paisa y de Roberto fue quien los presentó. No se podría decir que fue amor a primera vista; por el contrario, la petulancia y arrogancia con la que hablaba Roberto produjeron en Camila cierto rechazo. Sin embargo, con el paso del tiempo y debido también a las actividades culturales y políticas en las que los dos coincidían, se generó el espacio para que cada uno conociera diferentes facetas del otro. Camila descubrió por ejemplo que Roberto era un magnifico bailarín de salsa, y que colaboraba en el restaurante de su mamá como mesero. Roberto se enteró también de que Camila tomaba clases de teatro en la fundación Chiminigagua y que también le gustaba coleccionar mochilas. Luego de un par de meses llegó el noviazgo y luego el enamoramiento (que se nutría de los infaltables poemas de Benedetti y de Ho Chi Minh, pasando también por las canciones de Ali primera, de Víctor Jara y de la lectura a dos voces del alma matinal de José Carlos Mariátegui).

Cuando se casaron (a escondidas de los padres de Camila), se fueron a vivir a una residencia universitaria en el centro de la ciudad. Como cualquier pareja que recién empieza, sus posesiones eran mínimas: unas cajas repletas de libros, un escritorio viejo, una cafetera y la hamaca que Gustavo y la paisa les habían dado como regalado de bodas. La hamaca fue por mucho tiempo su lecho matrimonial, el altar donde sus cuerpos tibios y desnudos se reconocían y se desvanecían en busca de nuevas sensaciones y placeres, el sitio en donde leían en voz alta mientras tomaban café, el lugar desde el cual observaban los atardeceres nostálgicos de una ciudad, en la que poco a poco las luces de neón le daban vida a la otra Bogotá; a la Bogotá nocturna.

Tiempo después –gracias a unas pasantías que Roberto había hecho en Ecopetrol y a su posterior vinculación con la empresa-, los dos pudieron comprar una casa de segunda en

el barrio la Soledad. Como era de suponerse, la decoración de la casa era austera y sobria; más por la falta de dinero, que por la consigna que abanderaban los dos en contra de hacerle el juego al consumismo, el cual hacía que las personas compraran cosas que no necesitaban. La casa se fue llenando poco a poco con los objetos que les traían sus amigos, o con las artesanías y antigüedades que compraban ellos en el mercado de las pulgas.

Un buen día, debido al nacimiento de Ernesto y a la escoliosis que afectaba a Roberto, decidieron reemplazar la hamaca por una cama de madera rústica que compraron en el doce de Octubre. La hamaca se transformó en la cuna del niño, pero cuando éste creció, fue colocada en el jardín para que los tres pudieran disfrutar de una manera más relajada del aire y del sol.

La relación de la pareja tomó un nuevo aire, se había revitalizado; tal vez por la estabilidad económica y laboral que ahora tenían, por la llegada de Ernesto, o quizá también por el viaje a Cuba que habían realizado para celebrar un nuevo aniversario de bodas. En ese lapso de tiempo la hamaca entró de nuevo en escena; los dos volvieron a hacer el amor en ella tan apasionadamente como en aquella época de la residencia universitaria, también volvió la lectura compartida y los atardeceres bogotanos; pero ahora, bajo el arrullo de las tinguas o los azulejos que se posaban sobre los árboles del jardín.

Sin embargo, la cotidianidad de una vida sin preocupaciones, y el acomodamiento a las ventajas económicas que traía el hecho de que Roberto fuera empleado de una de las mejores empresas del país, hicieron que la pareja se olvidara de la revolución, de las ganas de cambiar el mundo. A lo mejor el mundo era el que los había cambiado a ellos. En la casa ya no se mencionaba a Marx o a Lenin, sino que se abordaban temas ecológicos o de la nueva era. La pareja llegó incluso a criticar a los jóvenes revoltosos

que protestaban por nada, en vez de dedicarse a estudiar y progresar como lo hace la gente de bien.

Ninguno de los dos se dio cuenta del paso del tiempo, quizá por esa lógica interna del cerebro humano que solo percibe el transcurrir del tiempo en los otros, pero no, en sí mismo. Ernesto creció, Camila engordo, Roberto se quedó sin cabello. La rutina de los deberes académicos y profesionales creó una distancia que cada día se hacía más infranqueable, y que (por la continua ausencia de los dos) se había logrado camuflar como un respeto por los espacios del otro. Sin embargo, más allá de las ausencias prolongadas, de las mentiras recurrentes de Roberto y del desinterés de Camila frente al erotismo, apareció entre los dos el signo inequívoco del total desamor: apareció el silencio. Las conversaciones entre ellos estaban muy distantes de los antiguos discursos libertarios, de los debates, del diálogo prolongado. Ahora la economía de las palabras era directamente proporcional al tiempo compartido por los dos.

Camila siempre había imaginado que pasaría sus últimos días junto a Roberto. Pensaba que los dos envejecerían uno al lado del otro, en una casa de campo en Tenjo o en Cota, rodeados de buganvillas, girasoles, siemprevivas... Nunca pensó que se divorciarían y menos que lo harían por culpa del silencio.

Roberto por su parte pensaba de una manera más práctica. Ahora libre de toda responsabilidad marital, podría dedicarse a dos proyectos que tenía en mente desde hacía algún tiempo: el ensamblaje de bicicletas eléctricas que se proyectaba como un gran negocio, y pasar más tiempo con Sandra, una jovencita de poco más de veinte años y con la que lleva saliendo varios meses.

Ahora los dos llevan mucho tiempo en el jardín de la casa resolviendo el único punto que les falta para finiquitar su relación matrimonial. Ninguno quiere quedarse con la hamaca,

pero tampoco se atreven a destruirla o a regalarla. Paradójicamente los dos habían resuelto en poco tiempo que venderían la casa y que se repartirían en mitades iguales el dinero. Roberto había aceptado dejar a nombre de Ernesto el apartamento que había comprado en quintaparedes. Los dos dejaron en claro también, que Camila seguiría viviendo con Ernesto tan pronto como éste llegara de terminar su curso de inglés en Londres.

Cansados y desgastados por el ejercicio retórico que hace tiempo no practican, dejan por primera y última vez, que sea el azar el que decida por ellos. Roberto saca de su bolsillo una moneda amarilla. Camila se inclina por el sello y Roberto acepta la cara. Ahora, la mano de Roberto cruza el aire y se levanta como conjurando con su movimiento un ritual antiguo. La moneda se eleva en el aire y brilla reflejando un sol que muy pronto se extinguirá. Los dos siguen en silencio la caída. La moneda se precipita despacio, como arrullada por el viento. Luego... gira suave y lentamente sobre su propio eje como si fuera la bailarina de una cajita musical.

MARIPOSAS

Aquel día de Agosto fue diferente a los demás. Un aire frío se estacionó entre nosotros como si fuera un invitado silencioso y los jazmines que había puesto la abuela inundaron con su fragancia melancólica cada rincón de la casa. Mamá estuvo pensativa toda la mañana porque había encontrado un par de mariposas negras justo detrás de la puerta principal. Ella no quiso alarmarnos con sus presentimientos, pero su silencio y sus ojos distantes y aguados nos indicaban que algo no estaba bien.

Esa mañana la abuela se había levantado muy temprano para moler maíz y preparar unas deliciosas arepas con queso. Aunque en el vecindario en el que vivíamos ya había una panadería, en la casa siempre se horneaban arepas, panecillos, mantecadas y deliciosas colaciones que la abuela había aprendido a hacer en el campo. Mamá me pidió que le llevara una taza de café al abuelo y que le diera los buenos días, -en la última semana él se había sentido algo enfermo y por eso se levantaba más tarde que de costumbre-. Cuando llegué a su habitación la encontré vacía, miré debajo de la cama y lo llamé varias veces pero no había señales suyas. Les conté a mi mamá y a la abuela que él no estaba. Entonces ellas tomaron sus chales y salieron de la casa. Mis hermanas y yo quedamos asustados por la desaparición del abuelo, sin embargo, yo estaba seguro que él no había ido lejos pues su sombrero barbiseo aún permanecía detrás de la puerta.

Mi abuelo y yo éramos inseparables y como papá siempre estaba viajando, era a él a quien acudía para salvarme de algún castigo, o para que me ayudara con los interminables dictados de ortografía que me dejaban en la escuela. Algunas tardes yo lo acompañaba a la tienda de los cubanos a comprar la leche de cantina y mientras regresábamos a la casa, el abuelo me contaba las cosas que había hecho en su juventud. Para él solo existían los verbos en pasado y cuando hablaba de aquellos tiempos en el que recorría los maizales, surcaba la tierra y conquistaba a las muchachas con

serenatas de pasillos y de vales, sus ojos se ponían de un brillo muy intenso y su voz se hacía más aguda. Una vez el abuelo me contó que duró más de dos días para regresar a su casa pues se había ido a escondidas a las fiestas patronales del pueblo vecino, y por quedarse dormido después de tomarse como diez totumadas de chicha, le robaron el caballo. El abuelo tuvo que devolverse a pie y, como era de suponerse, su padre lo recibió con unos buenos fuetazos. *Después de los gozosos vienen los dolorosos*, decía el abuelo y se echaba a reír enseñándome su par de dientes de oro.

Mamá y la abuela llegaron como a las tres horas acompañadas de don Manuel, el padrino de Sarita, mi hermana. Hablaban bajito y decían que tenían que seguir buscándolo pues estaba enfermo y era peligroso que estuviera por ahí solito, recogiendo el frío y el viento de Agosto. Don Manuel les dijo que se estuvieran en la casa por si el abuelo llegaba y que él, y otros vecinos saldrían a buscarlo. Así paso el resto día y él no apareció.

Al llegar la noche, la tranquilidad que me daba ver colgado el sombrero del abuelo detrás de la puerta, desapareció. Me escondí debajo de la mesa del comedor para que nadie me viera y para llorar. Creo que debí quedarme dormido allí y después la abuela o mi mamá me llevaron al cuarto. Cuando desperté sentí una sensación extraña en el cuerpo, como si alguien me estuviera apretando el cuello y como si algo me bajara y me subiera del estómago, luego recordé que el abuelo no estaba. Saqué mi colección de trompos y de canicas y las guardé en una caja de cartón (en la que me habían regalado los últimos zapatos grulla para la escuela). Me arrodillé a un lado de la cama y le hablé a la imagen del sagrado corazón que estaba colgada a la entrada del cuarto; le prometí que si aparecía el abuelo, yo le regalaba todos mis trompos y mis canicas a mi primo Fernando, y que también iba a dejar de usar la cauchera en la escuela para espantar a los pájaros, y que iba a hacer todas las tareas sin protestar. No recuerdo qué otras cosas prometí con tal de ver otra vez al abuelo, y poder sentarme de nuevo en sus rodillas para sentir el calorcito de su ruana parda, mientras me contaba alguna de sus tantas historias.

Creo que el sagrado corazón me escuchó; bueno, nos escuchó a todos porque mi mamá, la abuela, Sarita y Mariana también se la pasaron rezando. El abuelo apenas podía caminar y estaba apoyado por don Manuel y don Alcibíades. Cuando cruzo la puerta de entrada de la casa el alboroto que armamos mis hermanas y yo se escuchó por todo el barrio. Casi que tumbamos al abuelo y a los vecinos al intentar abrazarlo. Mi abuela se santiguó varias veces y comenzó a llorar. Mi mamá al principio se alegró, pero luego regañó al abuelo y le dijo no sé qué cosas de consideración con no sé quién, y que pobrecita mi abuela y no sé qué otras cosas le decía mientras lo rodeaba por el cuello y lo abrazaba.

Suena raro, pero aunque el abuelo llegó a la casa, cuando vi sus ojos apagados y extraviados tuve la sensación de que ese no era mi abuelo. Los días que siguieron a su desaparición y regreso, fueron extraños. Mi mamá y la abuela hablaban como en murmullos y cada vez que mis hermanas o yo las interrumpíamos, cambiaban el tema y siempre nos mandaban a jugar. El abuelo permaneció esos días acostado y de vez en cuando iba un médico, amigo de mi tío Bernardo, a revisarlo; luego, él se encerraba en el cuarto de mamá a conversar con ella, el tío y la abuela. Todo era misterioso para nosotros: el silencio del abuelo, los murmullos de los adultos, las visitas del médico. Un día en el que todos se encerraron en el cuarto de mamá, mis hermanas y yo pusimos unos vasos de pasta junto a la puerta para poder escuchar, pero no oímos nada.

Luego de una semana, por fin el abuelo salió a tomar el sol en el patío trasero de la casa. La abuela le había arreglado la vieja mecedora y le había colocado unas cobijas y una almohada delgada para apoyar la cabeza. Yo aproveché que el abuelo estaba afuera para tratar de jugar con él, o mejor, para que me viera saltar al lazo mientras le recitaba los últimos trabalenguas que él mismo me había enseñado. El abuelo me miró y luego me preguntó que si yo era el hijo de su tía Francisca. Yo me le acerqué, le froté suavemente las manos y puse mi cabeza sobre su pecho. Soy yo abuelo, tu nieto Andresito le dije al oído, pero él me siguió llamando como si fuera el hijo de su tía. El abuelo confundía a mis hermanas con otras personas que tal vez había conocido en su pueblo, y a veces, cuando estaba comiendo, se levantaba y decía que ya era hora de guardar las vacas antes de

que se insolaran. En ocasiones cuando nos miraba sentía la sensación de que él no nos conocía.

Muchas veces intenté que se acordará de todas las cosas que hacía antes: le puse su dramatizado radial favorito –era uno en el que unos maleantes eran perseguidos por unos detectives muy astutos-. También le leía el periódico con las últimas noticias de la ciudad, le contaba lo que pasaba en el barrio...sin embargo mi abuelo seguía con sus ojos fijos en un punto lejano del horizonte, quizá como tratando de volver con su mirada a aquel sitio distante del que había salido hacía tantos años.

No comprendía por qué el abuelo ya no era el abuelo, no entendía cómo no se acordaba de alguien a quien había querido tanto. Peleé con el ángel de la guarda del abuelo que no lo había cuidado bien y había permitido que se perdiera. Peleé con el sagrado corazón quien, a pesar de que le había cumplido al pie de la letra mis promesas, me había devuelto a medias al abuelo. Peleé con las mariposas negras que de seguro, algo tenían que ver con nuestro infortunio.

Habían pasado varias semanas desde aquel día de Agosto en que el abuelo se perdió y por fin llegó papá de su largo viaje. Como para tratar de recuperar el tiempo que había estado fuera de la casa él nos invitó a elevar nuestra cometa en una colina que quedaba a las afueras del barrio. Mamá nos alistó una canasta con frutas, jugos, genovas... y cada rato le recordaba a papá que nos cuidara bien, que no nos perdiera de vista y todas esas cosas que las mamás aconsejan cuando uno va a salir.

Ese día hubiera querido ir con el abuelo, pero él ya no caminaba como antes y la abuela sentía temor de que en un descuido se alejara de la vista nuestra y se volviera a perder. Papá nos turnaba a mis hermanas y a mí sobre sus hombros para que pudiéramos ver el humedal que estaba al lado de la colina, los buses amarillos que subían la cuesta como si

estuvieran cansados, y los barrios aledaños que al verlos desde arriba parecían figuritas del pesebre.

Papá nos ayudó a ponerle la cola a la cometa que habíamos comprado el año anterior. La primera en elevarla fue Sarita, quien siempre hacía berrinches para ser la primera en todo, luego llegó el turno de Mariana quien casi pierde la cuerda porque el viento impulsó mucho la cometa y ella tuvo que correr y correr para no dejar que la cometa se enredara con un pandero. El último en elevarla ese día fui yo. La cometa estaba tan alta que apenas veíamos su cola como si fuera una serpiente delgadita zambulléndose en el agua. El viento me impulsó a correr como si los dos estuviéramos luchando. Mientras corría y soltaba la cuerda que pedía la cometa, me entraba una sensación de libertad; sentía como si de pronto pudiera volar y llegar a aquel horizonte remoto al que se había marchado para siempre la mirada del abuelo.